

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I | BUENOS AIRES, JULIO 28 DE 1924 | No. 51

VISTO y OIDO  *Islas Rosadas y Vivientes*  por PREMIANI



LA MUJER QUE DURANTE MÁS TIEMPO REINÓ EN EL MUNDO, FUE LA REINA **VICTORIA** DE INGLATERRA: CASI 65 AÑOS.-



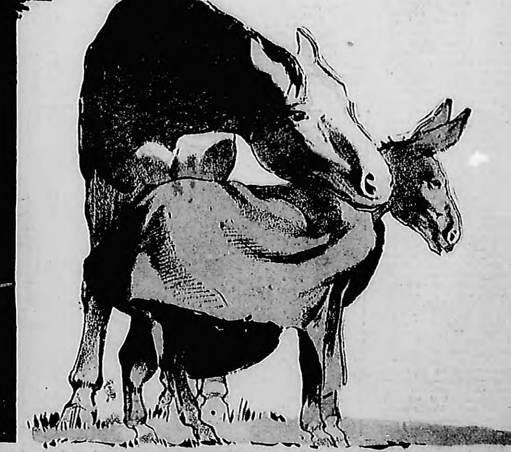
LOS **INDIOS PUEBLO** (NUEVO MÉJICO) CELEBRAN ANUALMENTE LAS FIESTAS DEL BÚFALO Y DEL ÁGUILA, CON ESTAS CARACTERIZACIONES.-

EN LA INDIA HAY GRANDES ISLAS FLOTANTES DE COLOR DE ROSA. SON LAS QUE FORMAN LAS INMENSAS BANDADAS DE **FLAMENCOS**.-





EL PIANISTA **PADEREWSKI** TIENE ASEGURADAS LAS MANOS EN CONJUNTO, Y EN DETALLE TODOS LOS DEDOS DE AMBAS MANOS Y DE LOS PIES, ASÍ COMO LOS OJOS. PAGA ANUALMENTE DIEZ MIL PESOS POR EL SEGURO. UNA VEZ NO PUDO DAR UN CONCIERTO A CAUSA DE LA CAIDA DE UNA **UÑA** Y SE LE PAGARON DE INDEMNIZACIÓN MIL LIBRAS ESTERLINAS.-



PARA QUE LAS YEGUAS AMAMANTEN A SU **CRÍA ASNAL**, SE CUBRE EL ASNITO CON LA PIEL FRESCA DE UN POTRO, HASTA QUE LA MADRE SE ACOSTUMBRE Y NO LO RECHACE.-

De Alemania al Planeta Marte

¿NOS podremos comunicar con Marte?

He ahí la interrogante que sigue preocupando a los sabios físicos, astronomos y estudiosos cuyo espíritu de sociabilidad no se conforma con un simple comercio entre sus conciudadanos, sino que aspira a relaciones interplanetarias.

Es indudable que poca o ninguna inquietud ejerce tanta influencia sobre la curiosidad humana, ni sugestiona tanto como lo desconocido, ya que envuelve su encanto en un velo de misterio.

Los sensitivos, los "mediums" espiritistas, que hoy ya los hombres de ciencia sensatos y sin preceptos más o menos dogmáticos, aceptan, logran en momentos lúcidos conocer esas llamadas "cosas ocultas" y que en realidad no son tales, puesto que la mayoría debían estar comprendidas dentro del conocimiento general, como lo estuvieron en una remota antigüedad; ya que la mente humana está abierta a todas las posibilidades imaginables, como el oro dúctil y maleable se presta a dar consistencia y forma al más delicado sueño que concretice el orfebre en sutilísima filigrana.

Y entre esas cosas ocultas ninguna actúa sobre la imaginación humana, como el más allá de la materia, de lo substancial, de la vida limitada entre una cuna y un sepulcro. Y en ese más allá se incluyen los planetas, que nadie ha logrado comprobar si están o no habitados; si existe o no la vida tal y como se manifiesta entre nosotros, a través de nuestros organismos y de los organismos que conocemos en los que llamamos los "tres reinos de la naturaleza".

Pero si hay quienes tienen sus veleidades por Venus o por la Luna y hasta quien se ha preguntado si el Sol está o podrá estar habitado, ninguno ha despertado tanto interés y motivado teorías y discusiones científicas de tanta importancia, como Marte.

Por eso nos interesa, aunque nosotros, con fundadas razones que nos satisfacen, suponemos posible y cierto lo que la antigua sabiduría enseña y la cual nos dice que en este manvántara, la oleada de vida está concentrada en la Tierra, de modo que todas las actividades y el desarrollo de las experiencias se realizan en este planeta; pero, si eso decían y sostenían aquellos astrónomos cuya sabiduría no tenía ni necesitaba telescopios, no obstante la importancia de sus conocimientos, adonde todavía no han llegado los actuales, éstos sostienen que es posible al menos, que los planetas y en especial Marte, estén habitados.

Hace pocos días los rotativos han registrado el percance ocurrido a los preparadores del cristal reflector para el gigantesco telescopio que se construye en Norte América. La importancia de tal reflector puede apreciarse si se considera el accidente que pone en duda su utilización, el cual se produjo al fundirse las diez toneladas del material de que está compuesto, y como se ha fundido al rojo blanco, para su enfriamiento requiere una espera de cerca de nueve meses. Esto da una idea del poder de la lente que se construye y necesita para comprobar si Marte está o no habitado, como también para develar los misterios sobre otros cuerpos celestes no bien observados.

De acuerdo con lo sostenido por el profesor G. W. Rickey, con una lente diez veces más poderosa que las conocidas y del tipo reflector, se hará visible mas indistintamente la superficie del planeta, estableciendo lo que haya de verdad en los famosos canales —hoy tan discutidos— y aunque no se podrán distinguir formas humanas, sí podrán conocerse las manifestaciones de vida de sus habitantes; si hay rascacielos, ciudades o pueblos. Las que serían comprobaciones capaces de inducir a los estudiosos más o menos inquietos, a la búsqueda de los medios para comunicarse con los marcianos.

A fines del año pasado, los telegramas de Alemania nos informaron que el técnico en radiotelefonía Conde de Arco, a raíz de los experimentos realizados en Inglaterra por un señor Robinson, había pronunciado una conferencia pública sobre las posibilidades de establecer comunicaciones interplanetarias por medio del micrófono. Como hay casos interesantes que se le ocurrieron a ese señor Conde de Arco —que acaso piensa no se podrá establecer un "arco simpático" con los marcianos, como no se use la swástica— vamos a recordar algo de lo mucho que dijo respecto de los experimentos del profesor inglés, que bien puede resultar uno de los tantos Robinsones que andamos por el mundo buscando una isla donde anclar.

Según el Conde de Arco: "El profesor inglés que dirigía los experimentos de la trasmisión al planeta Marte de varios mensajes radiotelefónicos, en cierto sentido presumía arrogantemente que los planetarios marcianos entendían el idioma inglés. Aun admitiendo que otros planetas estuvieran habitados, siempre queda la duda de que podamos hacernos entender en el supuesto caso de que ellos pudieran interceptar nuestras señales".

Después de todo, cabe alegrarse al ver estas sutilísimas observaciones, porque se llega a la conclusión de que aún hay "Arcos" en Alemania que no sufren la influencia más o menos voltaica del señor Hitler. Y a decir verdad, para quienes nos ocupamos de cosas tan trascendentales como un viaje a Marte, poco puede importarnos que Alemania se quede República o retorne a ser Imperio. Pero nos interesa, sí, que el Conde de Arco, ya en tensión, largue ésta, entre otras flechas: "¿Tendrán los planetarios marcianos técnicos en radiotelefonía como los poseemos nosotros? Confesamos que Mr. Robinson no nos ha dado hasta este momento una contestación satisfactoria y con tal acertada de Arco debe estar todavía "sangrando por la herida". Sobre todo cuando prosigue: "Podríamos hacernos comprender por medio de la trasmisión inalámbrica de fotografías o dibujos de tonos o ritmos; pero lo difícil del caso es precisar si ellos pueden entendernos o contestarnos.

Aquí reclamamos el derecho de apuntarnos un poroto.

Figuráos si no, cuando el señor Conde de Arco demuestra una ignorancia científica incomprensible en un técnico en radiotelefonía, y por si es un olvido, le vamos a recordar que allá por el año 1900, el profesor Flerney, de la Universidad de Ginebra, realizó una serie de entrevistas, perfectamente honestas por cierto, con una joven "medium", la que, en estado de sueño hipnótico le describió las condiciones de vida existentes en Marte, que el citado profesor publica en un libro que llamó "De la India al planeta Marte", no sabemos si en francés, en inglés, en alemán o en marciano, porque dicho libro no lo conocemos.

Lo que sí sabemos, es que dichas sesiones de "cosas ocultas" —ya que el hipnotismo forma parte de esas llamadas ciencias ocultas, que sólo lo están para los que no las quieren estudiar— sabemos, decíamos, que las sesiones se celebraban en casa del profesor Lemaire, también de la misma Universidad, y en ellas la "medium", bajo la "inspiración" o la "posesión" de un espíritu marciano que dijo llamarse "Astane", no sólo aprendió la lengua de aquel planeta, sino que describió una porción de objetos, de plantas, de edificios, de animales. Entre estos últimos figuraba uno de cabeza negra, del cual reproducimos la "vera efigie", cuyo cuerpo estaba cubierto de cerdas rojas, el cual traía a su dueño las cosas que le pedía, y —asómbrense nuestros lectores—, sabía escribir.

La información me dice: "sin entender lo que escribía" —cosa que ocurre en la tierra con bastante frecuencia a los escribidores —, a lo que yo agrego: porque no sabía tampoco con qué escribía; lo que nuestros lectores se explicarán al mirar la ilustración que publicamos.

Pero lo que sigue es lo más interesante y que el Conde de Arco nos va a agradecer, porque no obstante ser una información gratuita, le va a servir para dedicar una sesión de radio a los marcianos.

El siguiente alfabeto es el que tenían los habitantes del planeta para trasmitirse sus cuitas, sentimentales o no:



Alfabeto que ofrecemos bajo la absoluta responsabilidad de Mr. Fleurney, hasta si se quiere de su compañero Mr. Lemaire, con cargo de que si hay traslado, éste le sea dado al buen profesor a hipnotista de cualquier contestación o resultancia que el mensaje tuviera; sobre todo si es de carácter contundente. Claro que, conociendo mis tendencias "ocultistas", a nadie llamará la atención que ni siquiera me detenga a estudiar o investigar si el espíritu "Astane" era realmente marciano, en cuyo caso me lo imagino un "buen muchacho" y no sé por qué rara asociación de ideas, lo identifico en el Tipo No. 3, que según Ball, tiene una figura capaz de poner de moda un modismo nuevo: "no seas marciano, no seas"; o si ese espíritu "Astane" era terráqueo y por ello más o menos un "vivo", que con o sin intervención de la joven "mediums", tomó el pelo a los graves profesores de la Universidad de Ginebra.



En pago, o mejor dicho, como acto de camaradería del Conde de Arco, le vamos a pedir quiera informarse si su connacional, el rico fabricante Herr Ganswidt, ha vuelto del viaje que proyectaba al planeta Marte, con objeto de superar el sueño de Verne, en la máquina de su invención y que hace como treinta años estaba ya construyendo, máquina de que damos una ilustración que apareció por aquella época y que, como se ve, tenía la forma de un proyectil en cuyo centro se colocaba el mismo inventor, cuyo segunro de vida no hubo compañía que lo admitiera, por muy alta que fuera la prima que se ofreció.

Digo que trate de informarse, porque si bien Herr Ganswindt sostenía —en el libro que publicó y dedicó al ex emperador Guillermo— que tardaría veinsiete horas —ni un maldito segundo más— en llegar al planeta, cubriendo la distancia de cincuenta y ocho millones de kilómetros —ni un maldito millonecjo menos—; no sé por qué intuición me imagino que ello no pudo ser o que de serlo se enamoró de alguna marciana como la coqueta del No. 5, del profesor Svenderborg, más o menos romántica y vampiresa, en cuyo caso éste sería el momento de estarse multiplicando una raza nueva, mestiaz de alemán y marciano, que habrá que verla.

Para los que tengan interés en "epatar" al rico fabricante alemán, por si encuentran y se enamoran de otra marciana, les daré estos datos: "En las gruesas paredes de acero del proyectil, hay largos túneles circulares que corren desde cerca de la punta superior del aparato, hasta el fondo, abriéndose al aire libre. El vehículo está completamente rodeado de ellos y se les llenará con cartuchos de nitroglicerina, cuya explosión será la que mueva el aparato. El viajero tiene a la altura de la mano una palanca con la cual gobierna las descargas de los cartuchos. De este modo puede regular la velocidad del proyectil. No garanto si está o no patentado, por si alguno tiene interés en hacerlo.

Lo que puedo asegurar es que Herr Ganswindt se las trae y con cadenita. Fijémonos en lo que, según mi informante, dice en su libro: "Si después de haberme remontado más allá de la atmósfera, mi vehículo entra en la órbita de algún meteoro que jire alrededor de la Tierra, el proyectil seguirá el paso de éste sin perder velocidad y sin necesidad de gastar más fuerza, así me encontraré al cabo de pocas horas encima de otro continente y podré descender cuando quiera.

Como se ve, el hombre era precavido y no podía olvidar su espíritu de economía industrial, que confirma en sus previsiones cuando sostiene: "Más allá de la atmósfera —nosotros, para estar más de acuerdo con la ciencia moderna, la llamaremos "estratosfera" —, la gravedad de la Tierra casi no se sentirá y las últimas descargas que se hagan antes de abandonar la atmósfera, servirán para llevar el vehículo hasta Marte".

"Die Zeit", la grave revista alemana de aquel entonces, se ocupó del asunto con toda extensión y seriedad y ello dió lugar a que se comentaran científicamente sus probabilidades y obstáculos.

Nosotros no vamos a discutir ese punto; allá los sesudos sabios alemanes nos lo entreguen dilucidado, que es lo que hoy se acostumbra. Nuestro espíritu de sacrificio ya llega hasta complicarse la vida analizando si fuera posible una comunicación con Marte, cosa que ha costado a la ciencia bastantes millones.

La verdad es que Marte ha sido el planeta que más ha fascinado a los hombres de ciencia, y se explica si todos son como el espíritu "Astane" o "la Vampiresa del No. 5". Pero los mismos astrónomos no están de acuerdo ni en cuanto a si está o no habitado, si hace frío o calor, si hay o no canales y otras minucias por el estilo.

Diremos, no obstante, que ya Marconi, varios años antes de la guerra, hizo declaraciones de que para 1916, más o menos, podría hablarse con los marcianos y que, caso de ser posible una comunicación, lo sería por las ondas etéricas, nunca por señales; a lo que el famoso sabio Tesla, agregó que sería antes. Lo cierto es que el buen dios mitológico de la guerra, Marte, se presentó aquí en nuestro globo y nos dejó una dolorosa enseñanza y un montón de millores a pagarse recíprocamente entre los combatientes.

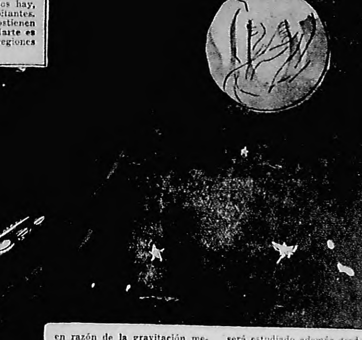
A los poetas se nos acusa injustamente de una fantasía que llega a olvidarse de las imperiosas exigencias del estómago; pero los astrónomos —que alguien llamó los poetas del espacio—, nos dejan a la altura de cualquier lenteja. Figuraos: Tesla, decidido a llevar a cabo las comunicaciones interplanetarias, comenzó a navegar sobre cálculos, y dijo: que se proponía enviar mensajes, no ya a Marte, sino cien veces más lejos, hasta Neptuno, si necesario fuera. Las cataratas del Niágara —y los millones yanquis que están cerca—, proporcionarían a Tesla cuanta fuerza necesite para ello; suponiendo que serían bastante un billón de caballos. Con un poco más podría llegar un mensaje a Júpiter y la quinta parte del voltaje del Niágara sería suficiente para ponernos en comunicación con Saturno, que dista de nosotros unos mil cuatrocientos millones de kilómetros.

La verdad es que, no sólo pasaron los diez años, sino veinte más y estamos en el mismo estado, sin haber logrado comunicarnos con Marte y reagravada la inquietud por el prolongado misterio que eleva la tensión arterial varios puntos sobre la normal.

Prestigiosos físicos y astrónomos que ocupan sus ocios y sus entusiasmos en estos estudios hay, que según sus cálculos y suposiciones, tan científicas cuanto se quieran, sostienen que la temperatura de Marte y la extensión del día, de casi 12 horas, influyen en los frutos, las flores y, por consecuencia, los habitantes humanos, si los hay, alcanzan tamaños exhorbitantes.

Hay también quienes sostienen que la temperatura de Marte es idéntica a la de las regiones subtropicales de la Tierra, y otros, más excépticos, menos imaginativos o más eruditos, no creen en la habitabilidad en razón de que es un planeta muerto, como la Luna, que vaga por el infinito, simple juego de la atracción de los más poderosos. Sobre esto último nos hemos quedado meditando, bajo la sugestión de lo que nos trae y nos dice la sabiduría antigua, pues que, siendo la Luna satélite de la Tierra, jira dentro de la órbita cósmica de esta última; en tanto que Marte tiene su órbita especial y sus características determinadas, muchas de ellas comprobadas científicamente. Veamos si no: Los profesores W. Coblenty y su colega C. O. Lampland, que desde Wáshington a Arizona se entienden admirablemente, hace poco que hicieron observaciones con aparatos de gran poder durante veinticuatro noches seguidas, obteniendo como resultante establecer según ellos, que en el polo Norte de Marte reina una temperatura de 98 grados bajo cero. Pareciera que son muchos grados, sin embargo, para contrabalancear, agregan: que durante el día, en tanto el sol alumbra, los marcianos disfrutan de una temperatura que oscila entre 40 y 60 grados de calor, alrededor del Ecuador; lo cual no deja de ser un consuelo para los de la zona media.

Sin duda que esas enormes diferencias climatéricas, no importan, cuando son muchas las probabilidades con que cuentan los sabios para suponerlo un planeta donde la vida impera y como la vida o lo que vive, sabe amoldarse al ambiente, las diferencias se anulan, aunque se calcula que un habitante de la Tierra que pese cien kilos, apenas si en Marte pesara setenta, en razón de la gravitación menor.



Hay quienes han llegado a estas conclusiones. "Es probable que Marte haya adelantado mucho sobre nuestro estado actual de civilización. Parece ser que allí la naturaleza es sosegada, domesticada; que un ser inteligente ha impuesto su dominio y su ley". Y si se conjetura que la civilización es más perfecta, es posible que allí el superhombre nietszcheano sea una realidad y cada habitante sea su abogado, su médico, su escultor, su poeta y su músico; con todo lo cual la armonía del hombre con la naturaleza será total y explicable que se entiendan, lo mismo que los matrimonios, y de ser así, allí es posible entonces que nadie se pregunte: "Cherchez la femme".

Con tales conclusiones cabe pensar que los marcianos saben requetebién qué clase de tipos somos los terráqueos, y aparenten no comprender las reiteradas señales.

No faltan quienes opinen también: "Puede ser que los canales de Marte no sean más que señales luminosas que nos hacen los marcianos, el ojo pegado a sus anteojos —si los tienen— en espera de la respuesta de la Tierra." Lo ponemos en duda, porque dudamos de todo, por hábito y sin hábito.

A propósito de señales luminosas, cabe agregar lo que nuestro Martín Gil dijo en una oportunidad: "Todo lo contrario sucede en Marte, donde reinan temperaturas glaciales y ya sabemos que el frío es el enemigo de la vida. Por lo tanto, sin pecar de exagerados, podríamos decir que los proyectos de señales luminosas entre Marte y la Tierra no pasan hasta hoy de aspiraciones etéreas. Alguien me dirá que nos quedan las señales a base de las ondas hertzianas. Otra gran ilusión. Veamos: se ha comprobado que las ondas radioeléctricas, las más poderosas que manejamos, al tocar cierta altura, son rechazadas hacia la superficie de la tierra, como el muro rechaza la pelota o como una lámina pulida refleja y rechaza la luz".

Y sigue don Martín sosteniendo las más lógicas y razonables teorías, sin olvidar a la influencia primaria y primordial que necesariamente tiene el Sol sobre los planetas y los achaques que sufren, incluso terráqueos y marcianos.

Las señales luminosas de referencia y que tantos aspavientos produjeron al anunciarse en 1932, estarían dirigidas por el profesor de física y escritor Mr. Henri Price, director del Laboratorio de Investigaciones Físicas de Berna y se harían desde la montaña Jungfrau, donde se encenderían diez mil kilos o más de magnesio.

Aun sin la seguridad de obtener respuesta, se ha resuelto efectuar una interesante prueba para excitar la atención de los marcianos y en un caso favorable, establecer después una serie de comunicaciones gráficas iluminadas.

Todo ello, se entiende, siempre que logremos, ya sea por intermedio de Herr Ganswindt o del espíritu "Astane", ponernos de acuerdo en cuanto a la forma posible de un intercambio regular y de resultados eficientes para los habitantes de ambos planetas.

Es con tal fin que se alumbrará ese colosal foco de luz blanca, con nada menos que diez toneladas de magnesio, teniendo como reflector la nieve.

Sin duda le resultará a cualquier lector juicioso, perfectamente lógico pensar que en los entretelones de tal proyecto debe haber la influencia discretísima y subterránea del director de alguna fábrica de magnesio, que hace valer sus influencias y opinión con el plausible propósito de impedir la moratoria de su sociedad o simplemente hacer "una buena nota de venta"; pero ello no obsta para que los experimentadores crean que si existieran los marcianos, han de poder percibir los fogonazos en la zona obscura de la Tierra, vista desde Marte.

Cabe preguntar: ¿Y si no se dan por notificados?

No importa; el experimento será estudiado además desde diversos puntos a fin de conocer desde qué distancia se ve, en la zona de influencia de la Tierra, la luz del fogonazo y, al fin y al cabo, nos queda el consuelo de haber gastado todas las galanterías posibles y concebibles en un vecino que desea establecer cordiales relaciones con la gente del barrio.

Como se ve, los interesados pueden alimentar todavía la esperanza de comprobar los efectos de la mencionada explosión de magnesio y hasta los especuladores la oportunidad de acaparar el magnesio y las acciones de las fábricas, por cuanto dicho experimento debe realizarse en la época del acercamiento del planeta Marte al nuestro, lo que será, según los cálculos, entre 1939 y 1941, por los meses de agosto y septiembre, en que la distancia llega a ser de unos cincuenta y ocho millones de kilómetros, que se supone es la menor.

Mr. Charles Nordman —que no gasta muchas bromas— en un artículo sesudo sobre el asunto que nos ocupa, decía: "Nada, absolutamente nada demuestra que haya habitantes en Marte. Y, además, si los hay —cosa que no tenemos ninguna posibilidad de afirmar o negar—, es muy probable que no se asemejarán en nada, ni de ningún modo a nosotros y que no reaccionarán más ante nuestras señales hertzianas, ópticas, luminosas o cuales fuesen, de lo que harían los peces de nuestros océanos o los insectos de nuestros bosques. No ha de ser mañana cuando se inicie la primera conversación interplanetaria."

No es cuestión de esperar sentados; porque no aceptamos de buen grado la opinión del señor Nordman, por lo menos hasta tener la seguridad de que el director del Laboratorio de Investigaciones Físicas de Berna, nos prometa no realizar el experimento del magnesio; porque si los marcianos reaccionan "como los insectos de los bosques" ante el fogonazo, es de calcular que no será la Tierra capaz de albergar a todos los marcianos descontentos de sus gobiernos, que se vengan en busca de aventuras.

En este momento recordamos la fantástica y no menos interesante narración de un viaje interplanetario, que comenzaba: "Supongamos lector que la ciencia pudiera descubrir un medio para que fuese factible al hombre viajar por los espacios interplanetarios, o interestelares, yendo de un mundo a otro mundo y de uno a otro sistema solar, con la misma facilidad que hoy cruza los océanos."

Semejante fantasía científica nos proporcionaría momentos de insuperables encantos y satisfacciones ideológicas; muy del gusto de nuestros lectores, sin duda.

"Imaginémonos recorriendo el infinito azul de los poetas, cómodamente instalados en un barco aéreo perfeccionadísimo (tal como lo usaban los atlantes, accionados por el prodigioso vril) con objeto de que nos sea fácil e inofensivo curiosear tras del recio cristal (irrompible) las maravillas de los países estelares."

Per[illegible]an interesante excursión tiene tema y factura bastante para un artículo próximo, en el que, no sólo aumentaremos el caudal de investigaciones sobre Marte, sino que haremos desfilar la maravilla del cielo, en el más estupendo viaje interplanetario.

Antes de terminar, nos permitimos insinuar al señor Conde de Arco, no se desanime por las opiniones contrarias, que lo realmente científico no son las afirmaciones más o menos fundadas en teorías o hipótesis, sino la experimentación, y que en el caso de obtener resultado con una comunicación desde el micrófono, utilizando el alfabeto marciano que le ofrecemos, cuya fonética puede solicitar a los profesores Flerney y Lemaire, salude al Herr Ganswidt y por su intermedio a los marcianos y sus vampirescos tormentos, que según van las cosas, nada difícil pudiera ser [illegible] resultar un viaje con más o menos carga de nitroglicerina, por el cual logramos substraernos a los desopilantes estados de este bendito globo terráqueo, que algunos físicos y astrónomos insisten en transformar en un tetraedro; ya que de ese modo lograremos realizar uno de los sueños que Julio Verne se dejó en el tintero.

POR

ADOLFO F. GUERRA

ILUSTRACION DE PEDRO DE ROJAS

DIOSES Y REYES



LOS dioses fueron creados por el hombre a su imagen y semejanza, y éste, al principio, los imaginó capaces de muerte. Los ejemplos abundan. Los groenlandeses afirmaban que su más alto dios podía ser destruído por el viento o por el eventual contacto de un perro. Una determinada tribu en Las Filipinas mostraba a los viajeros españoles la tumba del Creador; estaba en la cumbre de una montaña. Heitsi-Eibib, dios de los hotentotes, ha muerto y resucitado más de una vez. Sus repetidas tumbas — una por cada muerte y por cada cuerpo — se encuentran en angostos desfiladeros. Cuando los hotentotes las atraviesan, suelen tirar respetuosamente una piedra y suplicar fecundidad para sus vacas y partos de hijos varones para sus mujeres. A fines del reinado de Tiberio, el sepulcro de Zeus era uno de los monumentos más conocidos en la isla de Creta. El cuerpo de Dionisios estaba inhumado en Delfos junto a la estatua de oro de Apolo, y la tumba tenía la inscripción: *Aquí yace muerto Dionisios, hijo de Semele.* Otras autoridades dicen que el mismo Apolo estaba enterrado en Delfos, y que Pitágoras apuntó en la inscripción que el dios había sido ultimado por la serpiente y sepultado bajo el trípode.

Tampoco prescindieron de la muerte las divinidades egipcias. Al principio, caducaban y morían como las otras. Cuando el descubrimiento del arte de embalsamar eliminó la corrupción de los cuerpos dió a las almas una razonable esperanza de perdurar; los dioses compartieron el beneficio. Cada provincia llegó a tener la momia y el sepulcro de su dios muerto. La momia de Osiris estaba en Mendes; la de Anhuri en Heliópolis. También los altos dioses de Babilonia, que sólo se mostraban a los creyentes en visiones y en sueños, tenían su límite en la muerte, como los hombres; porque nacían a este mundo como los hombres, y como los hombres amaban y combatían y se mataban.

Si la muerte abate a los dioses que tienen su habitación en el cielo, no la podrá eludir aquel dios que habita un frágil tabernáculo de carne humana: el rey de ciertas naciones del Africa, de la Indochina y de Oceanía. Esas naciones consideran que su seguridad, y aún la del Universo, está ligada con la vida del rey, especie de hombre-dios a cupo destino debe conformarse el del mundo. De ahí que infinitamente lo cuiden, con una desvelada solicitud que llega al cautiverio. Esos cuidados pueden demorar su vejez, pero no para siempre. Cuando las enfermedades o los años amenazan al hombre-dios, el peligro general es enorme. Si el destino del mundo corre parejo con el del clausurado rey ¿qué inundaciones, qué epidemias, qué incursiones de fieras, no producirá su lenta agonía? El remedio es claro. El hombre-dios debe morir a la menor señal de decrepitud, y su alma indemne debe ser traspasada al sucesor, antes que padezca su integridad. Las ventajas de matarlo son evidentes. Para el salvaje, la muerte natural es el abandono voluntario que el alma hace del cuerpo, o sino la extracción malvada del alma, hecha por un demonio o por hechiceros. En cualquier caso el alma del hombre-dios se pierde, y con ella la prosperidad de los súbditos y su vida y el recto gobierno del mundo. Conviene, pues, matarlo, para apoderarse de su alma y trasmitirla a un fuerte sucesor. Esa muerte sumaria sirve también para eliminar los azares de una prolongada extinción, que entrañaría la del mundo.

En la Cambodia, la muerte natural les está vedada a los reyes que asumen el título misterioso de Rey del Fuego y de Rey del Agua. Cuando una grave enfermedad los aqueja y los ancianos creen que no se salvarán, los acaban a puñaladas. La gente del Congo sabe que si su pontífice el Chitomé falleciera de muerte natural, el mundo — sólo mantenido hasta ahora por su mérito y su poder — sería aniquilado inmediatamente.

Cuando estaba enfermo de gravedad, los brujos elegían un sucesor, que penetraba en su casa con una cuerda y lo estrangulaba. Los reyes etiópicos de Mervé eran adorados como dioses; pero cuando los sacerdotes querían, le mandaban un mensajero con una sentencia de muerte, alegando una revelación especial. Los reyes acataron siempre esa orden hasta el reinado de Ergámenes, contemporáneo de Ptolomeo Segundo, rey de Egipto. Ergámenes, aprovechó los beneficios de su educación griega para desoír esa orden y para abolir de una vez tan irreparable costumbre y los iluminados que la imponían.

En Africa, en ciertas tribus de Fazogl, el rey tenía que administrar la justicia a la sombra de un árbol determinado. Si por enfermedad o por otra causa faltaba por tres días a ese deber, lo ahorcaban del mismo árbol con una cuerda, que tenía dos navajas arregladas de modo que al ajustarse el nudo corredizo, lo degollaban.

La costumbre de matar los reyes divinos al menor indicio de vejez o debilidad prevaleció hasta hace poco entre los Shiluk del Nilo Blanco. La reverencia que profesan por el monarca es casi ilimitada, y están dispuestos a sacrificar sus vidas por él, pero tenían la convicción de que cualquier dolencia o malestar que lo amenazara, enfermaría también a los ganados, pudriría las cosechas y acabaría por consumir a los hombres. El harem real (distribuído en cinco o seis casas del lugar de Fashoda) era el encargado de vigilarlo. Cuando las innumerables mujeres no eran atendidas debidamente, hacían la denuncia a los jefes. Estos aguardaban la hora de la siesta del rey, infalible en esa comarca de tierras bajas, de pantanos abyectos y de soles que enloquecen al elefante. Le cubrían la cara y las rodillas con un lienzo blanco. Esa era la sentencia de muerte. Después armaban una choza, hacían que el rey pusiera la cabeza en el regazo de una doncella, tapiaban solemnemente la entrada, y los dejaban a los dos sin agua y sin pan, para que la sofocación y la sed dieran cuenta de ellos.

★

En el Africa occidental, en la Guinea, en un promontorio que tiene de nombre Shark Point, hay todavía un rey. Está solo en un bosque. Nunca ha tocado una mujer y no puede salir de su choza; también le está prohibido dejar su silla, en la que debe dormir sentado, porque si se acostara, se acostaría el viento con él y cesaría toda navegación. Modera las tormentas y mantiene la serenidad de la atmósfera.

POR

JAMES GEORGE FRAZER

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

El Fantasma del Monte

POR BRUNO GOMEZ

AMANECIO lloviendo, y así siguió todo el día. En el puesto de don Pantaleón, muy poco se pudo trabajar. Los peones no hicieron más que lo indispensable, chapoteando en el barro y en los charcos. Otros se lo pasaron remendando y engrasando arreos. Los animales, inmóviles, con la cabeza gacha y contra el viento, se habían amontonado como buscando amparo de la continua lluvia.

Cuando anocheció, los peones empezaron a refugiarse en la cocina, al calor del fogón, secándose las pilchas, mientras alguno hacía correr el cimarrón de mano en mano.

Uno que había estado sacándole el barro a las botas, se asomó a la puerta, en el momento que un relámpago dibujó una visteada en el pizarroso cielo.

—¡Tiempo e maula! ¡Parece que v'aseguir ansina, tuita la noche!

—No te aflijás Ciriaco, qu'esto es como agua bendita pa los campos. ¡Hacía rato que no llovía! — sentenció don Pantaleón, que se entretenía en un trenzado de rienda, y en rematar un pucho de chala.

En ese momento entró Pulguita, corriendo y como atropellando todo. Le habían puesto los peones ese mote, por lo menudito y ligero.

—¡Oh! ¿Y a ése que le pasa? ¡Paese que lo talonea Mandinga! — exclamó uno que secaba sus alpargatas juntos al fogón.

—¡Algo ansina debe ser, porque dende que sintió contar. aquello del turco enterrao en el cerco de la sina-sina, nu'hay quien lo'haga dir de noche al corral! — retrucó otro peón.

Aunque Pulguita sabía que esas burlas eran ciertas, para despistar, contestó:

—Si he corrío, ha sio pa no mojarme!

Don Pantaleón alzó la vista, y mirando al muchacho, risueñamente, le aconsejó:

—Mirá; no te asusté m'hijo de los muertos! Cuando sea fantasma, asigurate primero si es de verdá.

—¿Y eso a qué viene, don? — preguntó Ciriaco, curioso por el asunto.

—Porque me acordé de un caso que le pasó a un tal Zapata, cuando yo era resero, allá pu'el 86.

—¡Cuente, cuente, qui debe ser interesante! — exclamó un moreno trompudo, que en un rincón estaba pasando el tiempo pelando una varilla de sauce con el cuchillo, que luego, tajeándola en fibras finas y enroscadas, formaba una flor abierta.

—Güeno... — dijo don Pantaleón, iniciando su relato — en una ocasión que teníamos que llevar una hacienda dende una estancia del Sur hasta cerca e Güenos Aires, una noche tuvimos que acampar al lao e un monte, porque se avecinaba una tormenta y ansina podíamos matear bajo los sauces. Dispués que tomamos tuitas las precauciones pa que l'hacienda no se dispersara, algunos reseros, yo y el tal Zapata, hicimos rueda junto al fuego, a orilla d'el monte. Conversando, conversando, no sé cómo vino a pelo, el caso es que Zapata se acordó del lugar en qu'estaba y nos contó el susto más grandote e su vida; eso que no'jotros lo sabíamos valiente.

El viejo Pantaleón, que mientras hablaba había estado liando un cigarrillo de chala, se levantó, lo encendió con una ramita en brasa, y volviendo a sentarse, prosiguió:

—Mi amigo Zapata; que ya es finao, vivía lejos del poblao, en un ranchito, con su mujer y dos hijitos; es decir, vivían ellos, porque la vida del resero, como ustedes saben, casi está ausente de los suyos; sólo para unos días, hasta que güelve a salir po esos campos e Dios. Como a Zapata le gustaba el alpiste, se diba al poblao, y se lo pasaba tuito el día en la pulpería, hasta ya tarde e la noche. De allá, a su rancho, tenía que hacer un par de leguas. A mitá del camino había un monte que los paisanos de noche l'esquivaban y lo llamaban "el monte del fantasma", porque asigún contaban, se aparecía un bulto blanco que se sentaba en el anca del caballo del jinete que pasara pu' allá. En una ocasión, al amanecer, se encontró a un paisano muerto junto al caballo, y como no tenía herida ninguna, tuitos creyeron qu'era cosa del fantasma.

Pulguita, al ver asomarse a uno de los perros en la puerta, se sobresaltó y se arrimó más a la rueda. Ciriaco, nervioso por la curiosidad, preguntó:

—¿Y dispués, don?...

—¡Aura viene lo güeno! — prosiguió don Pantaleón. — Una noche Zapata regresaba a su rancho con unas copitas e más, y aflojándole las riendas al caballo, dejó qu'el animal [illegible]vara por su instinto. Cuando llegó al monte tan mal mentao, acordó de tuitas los cosas oídas, y entonces agarró las riendas y dirigió al caballo, castigándolo por los dos lados, hacia un cardal algo apartao d'el monte. Apenas había galopeao poca distancia, sintió un roce pu'el lao de la nuca, se dió güelta ansina como pa mirar de reojo, cuando le pareció ver una cosa blanca, juntito a su chambergo. Ahí nomás golvió a rebenquear al caballo, y a campo traviesa se largó pa su rancho a tuito lo que daba el animal. Cuando llegó a las casas, empezó a gritar: ¡Petrona! ¡Petrona! . Su mujer, que ansina se llamaba, salió asustada, a medio vestir, al conocer la voz de su hombre, preguntándole: ¿Qué te pasa? ¿Qué te sucede? Zapata, largándose del caballo, sólo atinaba a decir: ¡El fantasma! ¡El fantasma! La mujer, al darse cuenta d'el estado en que venía Zapata, exclamó: ¡La mamúa que traés te'stá haciendo ver aparecidos! ¡No, aquí, junto a mi cara la he sentío!, decía Zapata entrando al rancho, y al pasarse la mano por la melena, cual no sería el asombro d'ellos, al ver que un penacho seco de cardo, enmarañado con "baba del diablo", se le había quedao prendido entr'el pelo, tal vez alzao con la lonja del rebenque al cruzar el cardal.

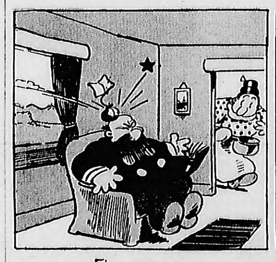
—¡Tá güeno con el fantasma! — dijo el moreno, que era duro para reír.

—¿Entonces, don Pantaleón, los fantasmas no existen? — preguntó ingenuamente Ciriaco.

—¡Ah, eso no lo puedo asigurar! A veces están sólo en la concencia del crestiano; otras veces son de carne y güeso, y hay que saberlo discubrir. Pu'eso le dije a Pulguita que antes hay que asigurarse si es de verdá, cuando se prisenta la ocasión — sentenció don Pantaleón a tiempo que se levantaba para encender el chala.

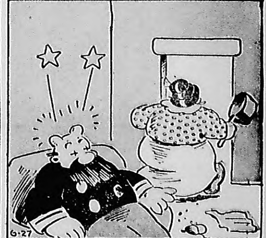
Afuera, la lluvia redoblaba incesantemente.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*

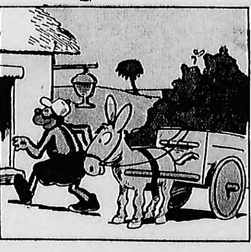


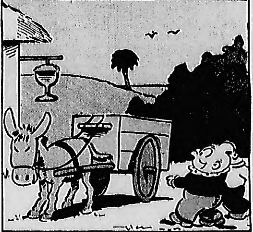




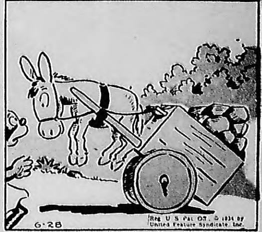


ASCENSOR IMPROVISADO

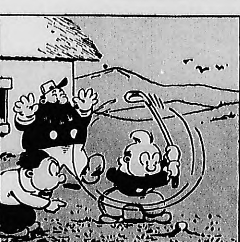


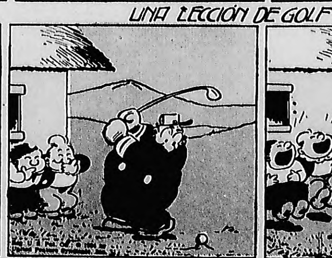






UNA LECCION DE GOLF

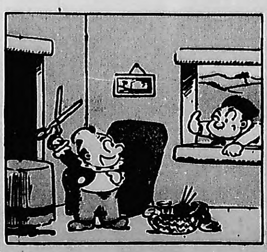








LA MAFFIA EN ACCION









Ya Estaba Muerto

ERA tan estúpido que, en realidad, cuesta creer que fuera él quien formuló la amenaza. Juan Esterve aseguró que fué él. Cuando entramos en la cantina del regimiento, estaba, como siempre, apoyado en el mostrador, de espaldas a él, con un cigarrillo en la boca; un cigarrillo que sólo se retiraba de sus labios para escupir.

Esterve le dijo que el sargento Bloche lo buscaba.

—¿Para qué?

—Creo que hay fagina en la cuadra...

No se movió. Permaneció parado, allí, mirando al patio lleno de sol, por la estrecha puerta de la cantina. Nosotros le observábamos, mientras comíamos unos sandwiches sentados en la mesa. Oímos que dijo en voz baja, sin mirarnos — Que busque a otro — sin sacar sus manos de los bolsillos, moviendo apenas el cigarrillo que caía de sus labios descoloridos. Nosotros lo mirábamos y esperábamos ver aparecer en la puerta estrecha la figura de Bloche, el sargento. Esperábamos ver la cara de Bayartes cuando viera a Bloche que lo buscaba desde hacía tres horas, el gesto de su cara alargada, pálida y como fofa, y el extraño fulgor que parecía en sus ojos verdes, inexpresivos, ojos de pescado.

La voz de Bloche se oyó de repente cercana. Gritaba ya antes de entrar. Oímos que decía así a gritos: "Pedazos de brutos. Cuántas veces será necesario decirles que..."

Nos paramos. Yo tiré una moneda sobre el mostrador, precipitadamente. Mi compañero Lillo también. No era prudente quedarse, cuando Bloche andaba con la mala, no era prudente salirle al paso.

Apareció en la puerta. Tapaba el patio lleno de sol cálido de invierno, su figura enorme, voluminosa; su rostro cetrino en el que había unos bigotes renegridos, recortados a la americana, sus oscuros y pequeños ojos como dos botones, sus manos enormes, su gorra medio ladeada.

—¿No está aquí? — empezó a gritar. Pero al ver a Bayartes se cayó.

—¡Ah! — exclamó. Y avanzó con una mirada maligna un trecho, hasta quedar cerca de Bayartes.

—¿No le han dicho a usted que lo buscaba?

—No mi sargento — dijo éste. Entre el "no" y "mi sargento", siempre hacía Bayartes una pausa. Una pausa que exasperaba a Bloche. Había tirado el cigarrillo y adoptaba la posición de firme. La mirada de sus ojos se enfrentaba con la mirada dura, burlona y colérica de Bloche.

—¿Dónde ha estado usted?

—Aquí, mi sargento. Aquí y en la cuadra.

Bloche lo miró sin decir palabra. Un largo rato lo miró sin decir palabra. Al fin, con un tono desacostumbrado, dejó caer lentamente. Parecía cansado.

—Dígame: ¿Usted es imbécil o se hace el imbécil?

La pregunta pareció sorprender a Bayartes. Sus ojos de pescado parecieron animarse. Todo su rostro dió en ese instante la impresión de querer asirse a algo.

La voz de Bloche gritó feroz:

—¿Usted es imbécil o se hace el imbécil, ¡Conteste!

—No soy imbécil.

Siguió un silencio. El cantinero miraba alternativamente a Bloche y a Bayartes desde atrás del mostrador. El grito de Bloche le había sorprendido cuando colocaba un corcho en una botella. Y allí estaba con una mano empujando el corcho levemente y con la otra agarrando el cuerpo de la botella y mirando alternativamente, con sus grandes ojos italianos, a Bloche y a Bayartes.

—¡A la cuadra! ¡Rápido! ¡A la carrera! — ordenó Bloche.

Bayartes salió corriendo.

Bloche le siguió con la vista, apretando los dientes, rojo de furor. Se quedó un instante mirando hacia afuera por la estrecha puerta por donde había salido [illegible] Bayartes. Luego volvióse al mostrador. Lillo y yo aprovechamos para salir sin ser vistos. Vimos a Bayartes a lo lejos, que llegaba a la cuadra a paso lento, las manos caídas a lo largo, la cabeza ladeada. Al anochecer, cuando volvimos a la cantina, el cantinero nos dijo que Bloche había pasado a la trastienda, había pedido una caña doble y que había dicho: "Yo descubriré si es imbécil o se hace el imbécil. A mí nadie me va a..."

Estábamos detrás del 2o. pabellón, sentados en el suelo, en la sombra, luego del rancho. Frente nuestro se extendía el amplio campo de ejercicios. Puede que fuera aquella tarde muy hermosa. Pero pensarlo, solamente, nos causaba disgusto. Era, en verdad, odioso ese campo ahora. Toda la mañana Bloche nos había tenido en él, de aquí para allá, practicando cuanta formación imaginable, hasta que nuestras piernas no pudieron más. Hasta que mirábamos el suelo como el fin último de la vida, el único objeto de la existencia.

—¡No sirve! — Gritaba —. ¡No sirve! ¡Otra vez! Hay que poner decisión, energía, voluntad...

—Digo que es verdad — habló Esterve —. Esterve era compañero de cama de Bayartes Dormía en la de abajo y muchas veces le oímos gritar a Bayartes, que se daba vueltas tratando de acomodar su cuerpo largo y flaco en la cama superior, que no moviera las camas y lo dejara dormir. Digo que es verdad. Ya verán ustedes si no lo mata. Dijo que no puede decir cuándo, pero el día menos pensado lo mata.

Continuamos hablando. Unos echados, otros sentados en el suelo. Algunos dijeron que Bayartes era incapaz de matar una mosca. Con esa cara de imbécil — dijeron —. ¿A quién mata ese?

El dijo que matará a Bloche — insistió Esterve. Me lo ha dicho ya dos veces. Anoche cuando Bloche pasó revista a las camas y todos dormíamos o simulábamos dormir, Bayartes, cuando él pasó, dijo: "No vivirás mucho, cara de bruto. Más bien dicho, ya estás muerto".

—Amenazas — dijo uno —. Se habla, se amola, pero nadie hace nada.

—Bayartes dijo que lo hará — volvió a hablar Esterve.

—Yo daría diez años de mi vida por verlo con una pata rota — declaró el pibe Reynol, estirando sus piernas y uniendo sus manos por detrás de la cabeza, gozando plenamente el descanso.

—Yo por verlo muerto — explicó otro.

Bayartes apareció a lo lejos. Venía atravesando el campo de ejercicios bajo el sol con paso lento, desganado, su cabeza metida en los hombros, un poco inclinado el cuerpo. Cuando vimos que se dirigía hacia el detal lo chistamos. El se acercó.

—¿Qué hay? — dijo —. Y casi en seguida: ¿Quién tiene un cigarrillo?

—Dicen aquí que piensas matar a Bloche — le interrogó uno.

El no respondió. Se dió vuelta y siguió caminando. Varios le gritaron. Entonces volvió.

—¿Qué hay?

—¿Es verdad que piensas matar a Bloche?

El se sentó en el suelo, de espaldas al campo. Sí — dijo —. Pueden ir a decírselo. No me importa que lo sepa. Uno de estos días lo mataré.

Algunos sonrieron. Algunos insultaron a Bloche. Todavía otros hicieron más preguntas a Bayartes que éste respondió con monosílabos. Pero a pesar de las sonrisas y los dichos, algo nos impresionó a todos vivamente: Era el gesto de Bayartes, su palabra fría y tranquila, su inquietante estupidez, y la idea remota de la muerte que luchó, sólo un instante, en nosotros, con la visión de aquella tarde de junio, llena de sol, que debía ser mucho más hermosa aún fuera del cuartel.

Días después todo aquello se disipó. Soportábamos a Bloche como una fatalidad. Cada vez más exigente, cada vez más excesivo en sus gestos y ademanes, gritando siempre, Bloche se dirigía a veces a nosotros con una mirada que helaba la sangre, acompañada por palabras parecidas a éstas:

—Usted cree que saldrá el domingo ¿verdad, ¿Eh? Vaya a anotarse al detal.

La más leve infracción era la causa: un botón no reluciente, el cabello un poco más largo de lo que él permitía, no responder con prontitud, no movernos con la energía y decisión que no sé dónde diablos quería él que sacáramos. Lo mirábamos y nos acordábamos de la amenaza de Bayartes, pero sin ninguna fe en ella.

Pero después de aquella tarde que Bloche interrumpió la instrucción y fué derecho hasta donde estaba Bayartes, y le gritó que era un inservible, que por él la compañía no marchaba como debía; y que Bayartes tuvo que echar a correr una y mil veces a la carrera, yendo y volviendo hasta el paredón lejano del ferrocarril donde terminaba el campo, hasta caer extenuado en tierra; cuando vimos la mirada que le dirigió desde el suelo a Bloche cuando éste se le acercó para gritarle más aún, todos recordamos la amenaza. Y hubo más de uno que miró desde entonces a Bloche, que se iba rumbo a los pabellones, luego de haber dado orden de romper filas, de una manera extraña, como si fuera un ser que, de pronto, por una circunstancia que no era posible precisar bien entonces, pedía ser mirado como no se mira habitualmente a otro ser en la vida.

★

A la noche vimos a Esterve, junto a la caballeriza, conversar largo rato con Bayartes. Bayartes estaba de espaldas. Fumaba y escupía. Tenía el rostro vuelto apenas hacia Esterve, en actitud de quien va a seguir su camino. De su mano derecha colgaba un balde. Luego entró a la caballeriza y Esterve regresó a los pabellones.

—Es necesario hacer algo — dijo. Yo he tratado de convencerlo, que aguante o que se queje. Pero no quiere saber nada. Dice que lo matará. Que ya no le preocupa Bloche porque lo matará. Que podrá hacer de él todo lo que quiera. Total — dijo — ya es un hombre muerto. Depende del día que a mí me de la gana abrirle la cabeza. No tengo ningún apuro en matar a una cara de bruto como ese. Le expliqué que lo condenarían — continuó Esterve — que se podriría en la cárcel. Le hice ver su juventud y su familia, perdidas.

—De eso hablaban cuando estaban recién junto a la caballeriza? —preguntó el pelirojo Santos.

—De eso. Y anoche me pidió que le escribiera una carta para su hermana. Me tuvo dos horas poniendo y borrando cosas en el papel. En definitiva no sé qué es lo que quería poner en la carta. Me dijo que le pusiera que él estaba bien, que hacía aquí en la capital menos frío que allá en su provincia, que desde hacía tiempo no le dolían el pecho y los pies y que le mandara decir cómo estaba una yegua de no sé qué nombre que tienen en su chacra. Ya ves —le dije. Suponte lo que sufriría tu hermana si tú por ese bruto de Bloche llegas a perderte. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra? —me interrumpió. ¿Qué tiene que ver que yo le abra la cabeza a Bloche con mi hermana? Es más imbécil que un loco — añadió Esterve. No hay cómo convencerlo. Quizá fuera bueno hacer algo.

—¿Para qué? — dijo uno.

—¿Para qué? — dijo otro. Son sólo amenazas. Pero en todos se leyó el odio a Bloche, el secreto deseo de que desapareciera. Sólo Barcos, osó declarar:

—Estamos esperando que Bayartes haga lo que todos deseamos que ocurra. Lo veremos perder y nada haremos para salvarlo. Somos una caterva de cobardes y desalmados.

—Eso — dijo Esterve —. Eso.

Era ya voz corriente en el cuartel que el día del desfile ocurriría algo. Bayartes había dicho: La primera mirada que me dirija hoy lo mato. Quizá no podía matarlo, así, en frío y necesitaba un pretexto.

Algunos dijeron, antes de la formación, que Bayartes había cargado su máuser con balas de guerra. Se habló de avisar a Bloche y a otros suboficiales, pero nadie hizo nada. Todos los años aparece uno como éste que amenaza matar a todo el mundo. Y nunca ocurre nada — declaró tranquilamente un hombre en la cantina. Y cuando cerca del mediodía Bloche apareció para ponerse al frente de la compañía, todos lo miramos. Su uniforme de gala le daba cierto aspecto marcial. El mismo parecía contento, había en su rostro un signo de alegría jovial.

—Muchachos — dijo —. Era la primera vez que nos decía muchachos y confieso que nos pareció entonces simpático. A ver cómo desfilan hoy, ¿eh, — dijo —. Hay que hacer quedar bien al regimiento y tiene que quedar bien la compañía.

Ya en la calle, en la imposibilidad de darnos vueltas para observar a Bayartes, los últimos de la compañía con los que él marchaba, nos transmitían las novedades. Supimos que Bayarte marchaba tranquilo atrás. Bloche adelante, junto a la primera línea de la compañía. No había posibilidad, pues, por el momento, de que sus miradas se encontraran. Por otra parte, el gentío que llenaba las aceras y la incitante música de la banda nos hicieron olvidar casi enteramente la tragedia posible.

Cuando regresamos, casi al anochecer ya, Bayartes declaró:

—Lindo paseo. Y empezó a sacarse el correaje. Nadie se atrevió a preguntarle por Bloche. No advirtió él que lo observábamos y que vigilábamos su máuser; pero él se fué con él hasta la caballeriza. Y allí entró. Algunos lo siguieron. Querían cerciorarse si estaba o no cargado con balas de guerra. Pero nadie pudo ver nada. Cuando él volvió, se puso como todos nosotros a limpiar el arma, alzándola a veces, hasta su boca para echarle aliento, y frotar después sobre ella para mirarse en su caño como en un espejo.

★

Bloche estaba delante de él, fiero, iracundo.

—¿Qué dijo — gritaba. ¿Qué dijo? ¡Repita lo que dijo!

Bayartes no se movía. Miraba a Bloche con una mirada extraña, llena de calma, como indiferente. Era "pobre hombre" lo que él había murmurado en voz baja cuando Bloche empezó a gritarlo. Nosotros lo supimos después. Pero Bloche quería saberlo ahora. Y volvió a avanzar hacia Bayartes amenazante. Diríase que iba a golpearlo. Todo esto sucedía un trece de junio. Un trece de junio en el cual una llovizna implacable envolvía con un manto gris las largas y mudas filas de soldados, el cercano campo de ejercicios y todas las cosas del cuartel.

La llegada del capitán puso fin al incidente. Al ver al oficial, Bloche fué hacia él y comenzó a hablarle. Era evidente que hablaba de Bayartes porque el capitán miró a éste una y otra vez. A la noche supimos que Bayartes estaba en el calabozo. Que estaría allí por una semana.

—Vamos a ver a Bayartes — dijo Santos. El calabozo se pone muy bien de noche.

—Retiraos plebe — nos amenazó Cape que estaba de centinela. El señor Bayartes no está visible esta noche.

Sólo pudimos ver a Bayartes de lejos. Paseando dentro del estrecho calabozo iluminado, las manos en los bolsillos. Parecía aislado y retirado para siempre de la vida y de todo.

—Debí matarlo el día del desfile — nos dijo Cape que había dicho él. ¿Pero cómo iba a andar pensando uno en matar a un cara de bruto con un día tan lindo, y las sonrisas de esas muchachas que nos miraban y aplaudían desde las veredas? Pero debí matarlo. El debía darse cuenta que es un pobre hombre.

En verdad Bloche era ya un hombre muerto. Como tal lo mirábamos. Alguien debió llevarle el cuento de que Bayartes había decidido matarlo. Cuando se lo dijeron, Bloche se rió. Se rió mucho, estruendosamente. Fué en la trastienda de la cantina donde él se reunía a tomar con otros suboficiales que él lo supo. Pero, de pronto, se quedó serio y no rió más. Bajó su vaso y se quedó mirando a un punto, fijamente. Quizá vió delante de sí los ojos inexpresivos y sin profundidad de Bayartes; sus ojos inexplicables de pescado, su cuerpo alto, cargado de espaldas y aquellas palabras dichas entre dientes que él alcanzó a oír: "pobre hombre".

Después vino aquella larga conversación de Bloche con Bayartes, en el campo de ejercicios, cerca de la infinita pared que daba a la calle.

—Usted sabe. Yo no tengo nada de particular con usted. Todos ustedes son iguales. Piensan que uno está aquí para molestarlos y amargarles la vida. Ustedes son siempre aquí los angelitos, los que no hacen nada. Uno se mata aquí por enseñarles a hacerse hombres. Yo quiero sacar una compañía que sea un ejemplo. Eso quiero yo. Pero usted es el único que no quiere, como le diré... cooperar. ¿Me entiende? ¿Eh? Usted hace las cosas mal por gusto. No quiere hacer las cosas. Eso. ¿Y por qué? Vamos a ver ¿por qué. Creo que usted no es un hombre imbécil. Entonces ¿por qué? ¿Eh?

Bayartes no contestó. No dijo una palabra durante el largo tiempo que habló Bloche, precipitadamente, tropezando con las palabras y deteniéndose para buscar aquéllas que tradujeran su pensamiento exacto. Era la primera vez que hacía aquello sin duda. La primera vez que debía pesar las palabras. Inútilmente trató de hacer hablar a Bayartes. Pero Bayartes permaneció mudo. Sólo sus ojos, extraños y como vacíos permanecieron fijos en Bloche. Siempre fijos en Bloche. Pero el obstinado silencio de Bayartes debió intranquilizarlo, debió enfurecerle, llevarle fuera de sí otra vez.

—Ya lo sabe usted — terminó con voz en la cual ya asomaba el grito. O anda usted derecho como todos los demás o va a acabar mal. Ya he hablado bastante.

★

Bien pronto por todo el cuartel corrió la noticia. Las más extrañas versiones se tejieron de aquella larga conversación que tuvieron Bayartes y Bloche en el campo.

—Bloche le tiene miedo — se dijo. [illegible] no dijo una palabra a nadie, salvo a Esterve. Esterve era el único que lo hacía hablar. Y lo conseguía, casi siempre, de mala manera. Eres un imbécil — le decía. Acabarán contigo nada más porque eres un imbécil. ¿Qué más quieres que él haya descendido a hablarte como amigo. Supones acaso, que vendrá el jefe del regimiento a pedirte perdón?

Pero Bayartes no había respondido nada. Y mientras arreglaba su cama y echaba luego candado a su cajón, del que siempre le robaban cosas, había dicho:

—Creo que fué eso lo que me dijo. A lo mejor no fué eso. De cualquier modo, lo mataré.

Es difícil explicar la extraña impresión que nos causaba entonces Bloche. Gritaba, daba órdenes con su voz fuerte, ruda, se erguía ante nosotros amenazante, siempre excesivo. Pero todos aquellos gestos suyos, aquellas órdenes, su misma presencia se nos antojaba algo falso y vano; como un fuego de artificio que se eleva, brilla sólo un instante en el nocturno cielo y luego se apaga, como un muñeco que se le ha dado cuerda para hacer todas esas cosas y de quien se espera que cese, de pronto, de gesticular. Lo mirábamos como algo que no es ya de este mundo, ya irremisiblemente condenado, y su figura y la de Bayartes ponía en nosotros una secreta angustia.

—El día que Bayartes lo mate, habrá que hacerle un cajón de medida — dijo el pibe Reynol —. Es difícil que quepa con todo su cuerpo en un cajón común. Ibamos un grupo, camino de los pabellones para acarrear más tablas. Se había dispuesto la construcción de tres palcos para no recuerdo qué objeto. Bloche dirigía la operación y nos esperaba en el otro extremo del campo donde debía realizarse el trabajo. Nosotros nos volvimos a mirarle. Su figura se diseñaba a la distancia firmemente erguida, con las manos a las espaldas, bajo un cielo azul.

—Verás cómo se descompone su rostro no bien lo encajonen — comentó otro. Sufre del hígado. Dicen que los que sufren del hígado se desfiguran en seguida.

—Yo iré a verlo cuando lo velen. Lo he odiado siempre, pero en un trance así, iré a verlo.

—¿Lo velarán aquí o en su casa? — preguntó uno.

—Quizá aquí. Creo que no tiene familia en la capital. Si lo velan aquí, por un día, quizá, no haremos instrucción y descansaremos. La cámara mortuoria será en la cuadra. Habrá que retirar las camas y hacer espacio para el féretro.

Bloche debió notar nuestras miradas. Debió ver en ellas algo extraño, algo para él inquietante y mortificante porque vimos que se ponía ahora sumamente nervioso cuando se encontraba frente a nosotros y nos gritaba más reciamente que nunca. Buscaba encontrar nuestras miradas. Pero nosotros evitábamos mirarlo de frente. Era algo horrible tener que mirar a aquel hombre y no poder mirarlo a los ojos cuando él nos miraba a su vez. El se sentía observado por todos, vigilado por todos.

—Sí: a usted. A usted le hablo — gritó un día abalanzándose hacia uno de nuestro compañero en las filas.

—A usted, sí. ¡Míreme! ¡Así, de frente! ¿Qué tengo yo para que me mire así? ¿Por qué no me mira de frente en vez de espiarme? ¿Qué hay conmigo? ¿Qué es lo que hay conmigo? — gritó ya a todos nosotros. ¿Es que alguien tiene algo conmigo? ¡Mírenme! ¡A ver! ¿Quién es el que anda diciendo que me va a matar? ¿Quién es ese imbécil? ¿Es usted acaso, ¿Es usted acaso?

Estaba ahora parado frente a Bayartes. Su furor ponía un resplandor siniestro en sus ojos.

—¡Venga! De hombre a hombre, allá en el campo — barboteó —. ¡Lo desafío! ¡Sígame!

Bayartes no se movió.

—¡Sígame! — gritó Bloche arrastrándole por un brazo. Y volviéndose hacia nosotros rugió, casi: Nadie se mueva de aquí. De lo contrario...

Todos vimos cómo Bloche, seguido de Bayartes se alejaba hacia el campo. Vimos después, cómo desaparecían tras uno de los pabellones, y aquellos minutos durante los cuales no los vimos nos parecieron siglos.

A pesar del furor de Bloche, algunos se atrevieron a ir a ver lo que pasaba. Bayartes rodó varias veces por tierra bajo los potentes golpes de Bloche, que caían sobre él como mazazos. Bloche se marchó luego limpiándose las manos. No volvió hacia donde nosotros estábamos. A Bayartes lo vimos volver todo maltrecho. Supimos que Bloche estuvo hablando y [illegible] animadamente, después del hecho, con dos cabos y otro sargento en la puerta del detal. El suceso se comentaba ya en todo el cuartel. Entonces empezamos a buscar a Bloche. Ahora más que nunca teníamos necesidad de mirarlo, de observarlo. Ahora más que nunca.

★

Esterve fué el primero que dió la noticia. Entró en la cuadra con paso apresurado, el rostro descompuesto.

—Ya está — dijo en un tono de consternación.

Se dejó caer en una cama, inclinó el busto hacia adelante y nos miró a todos abrumado, sin contestar a las preguntas que le dirigíamos.

—Bloche... está muerto... Le acaban de encontrar allá, en el campo — explicó al fin.

Todos nos precipitamos afuera. A lo lejos, junto a la pequeña pista de equitación que había al lado de la vía del ferrocarril, divisamos un pequeño grupo de soldados, borrosamente dibujado con sus uniformes verde oliva en aquella muriente tarde de agosto. Bloche estaba con el rostro vuelto casi enteramente hacia la tierra, como si quisiera beber en ella, como si hubiera tenido mucha sed en su vida y se hubiera muerto de eso, asido a la tierra en un abrazo, los brazos extendidos y las manos aferradas al suelo. La cabeza era algo informe. Muchos golpes debieron ser necesarios para destrozarla así, tan horriblemente. El único ojo que se lograba ver a Bloche agachándose un poco, estaba abierto y como salido de su órbita. Todos lo contemplamos en silencio. Nadie habló. Recuerdo cómo unos y otros mirábamos el cuerpo de Bloche y luego nos mirábamos nosotros como queriéndonos decir algo. Un tren pasó en ese instante por el terraplén cercano, con las luces encendidas ya. Pasó y su rumor se perdió bien pronto. Y el cuerpo de Bloche allí, sobre la tierra, horriblemente golpeado, en medio de un círculo cada vez más compacto y silencioso, y en el justo morir de ese día a que él había alcanzado. Vimos venir, después, casi a la carrera, uno, tres, cuatro oficiales. Se oyeron algunas voces, algunos gritos de mando. Se nos ordenó retirarnos de allí. Y él? — pensábamos.

—¿Y Bayarte?

Supimos que, cuando después de buscarlo por todo el cuarte, entraron en la cantina, él estaba de pie, apoyado de espaldas al mostrador, fumando un cigarrillo y escupiendo continuamente como sabía hacerlo siempre, muy tranquilo. Sus ojos de pescado miraban indiferentes y estúpidos afuera, al gran patio del cuartel ya anochecido por el recuadro de la estrecha puerta. Y que cuando en ésta aparecieron oficiales y suboficiales y allí penetraron y se dirigieron a él — uno de ellos con una pala con sangre y tierra que colocó casi sobre los ojos de Bayartes — y le interrogaron, Bayartes respondió:

—Fuí yo; sí... Duraba ya mucho tiempo.

★

Y esto fué todo. Esto es la infinita lástima por uno y otro, igualmente perdidos.

A Bayartes lo vimos por última vez, camino de la calle, marchando por el ancho corredor central en medio de cuatro soldados con máuser. Esterve vino después a pedirnos que le ayudáramos a escribir a la hermana de Bayartes, dándole cuenta de lo sucedido y remitiéndole las cosas que Bayartes le dejó para que se las enviara a ella. Y todos nos pusimos a opinar y a escribir. Era difícil aquello. Se trataba de conseguir explicar de la manera menos dolorosa y cruel, ese hecho tan terrible y materialmente tan simple de que un hombre mate a otro hombre.





ENRIQUE MALLEA

ILUSTRACION DE RECHAIN

Crúcese de Palabras

(Soluciones del Número Anterior)

HORIZONTALES

I 1 Faro — 2 Dos — 3 Matas — 4 Tal — Mate.
II 1 Ileso — 2 Cabal — 3 Yopas — Yemas.
III 1 Luso — 3 Lona — 4 Oleo — 6 Sala.
IV Oda — 2 Rip — 3 Liguria — 4 Val — Gas.
V 1 Ola — 2 Tri — 3 Sanas — 4 Ax — 5 San.
VI 2 olorosa — 3 Sor — 4 Ancares.
VII 1 IR — 2 Crótalo — 3 Coderas — 4 Un.
VIII 1 Coral — 2 Otorgadores — 3 Jelfe.
IX 1 As — 2 Náutico — 3 Atairar — 4 A. R.
X 2 Cántico — 3 Leo — 4 Admirar.
XI 1 Ras — 2 Epa — 3 Cifra — 4 Eón — 5 Sur.
XII 1 Aar — 2 Gró — 3 Albeogo — 4 Sem — 5 Mar.
XIII 1 Urea — 3 Liar — 4 Pica — 6 Tabú.
XIV 1 Pónla — 2 Nieve — 3 [illegible]

VERTICALES

I 1 Filo — 2 Ricas — 3 Aupa.
II 1 Aludo — 2 Ros — 3 Raros.
III 1 Regalo — 3 Carena.
IV 1 Oso — 2 Alcanas — 3 Alo.
V 1 Adornan.
VI 2 Litro — 3 Utero.
VII 1 Oc — 2 Prototipo — 3 No.
VIII 1 Sal — 2 Isática — 3 Lis.
IX 1 Bol — 2 Aloco — 3 Alc.
X 1 Manís — 2 Oro — 3 Clara.
XI 1 Alagas — 3 Libres.
XII 2 Uno — 4 Efe.
XIII 1 Azorar — 3 Oropel.
XIV 1 Solís — 2 Coa — 3 Agite.
XV 1 Pea — 2 Aorja — Oca.
XVI 1 Tao — 2 Andeado — 3 Apo.
XVII 1 As — 2 vicésimos — 3 As.
XVIII 2 Laxar — 3 Riner.
XIX 3 Rajar.
XX 1 Mes — 2 Seseras — 3 Tes.
XXI 1 Amagas — 3 Rumana.
XXII 1 Talán — 2 Ufa — 3 Rabón.
XXIII 1 Esas — 2 Enero — 3 Rulo.

La Cuarta Dimensión

POR

JORGE LUIS BORGES

HACIA 1670, el plotiniano inglés Henry More usó la frase *cuarta dimensión*, acaso por primera vez en el mundo. No importa lo que quiso comunicar; lo memorable es el contacto genial de esas dos palabras, antes no combinadas. La fórmula intrigó; los hombres no la dejaron morir. Justificar esa conexión de dos términos acaso incompatibles fué, con el tiempo, una de las obligaciones de geometra. Kant, hacia 1768, estudió ese problema. Hacia 1853 Gustav Theodor Fechner — el arriesgado medidor de la sensaciones, el fervoroso autor de la *Vida Psiquica de las Plantas*, el risueño autor de la *Anatomia Comparada de los Angeles*, el amigo de la inmortalidad — preguntó por qué aberración, en materia de dimensiones, la Naturaleza infinita sólo iba a saber contar hasta tres. Helmholtz, el matemático, dedicó una serie de monografías a la cuestión. Riemann partió del quinto postulado de Euclides y dió con ella. Después la repensaron Whitehead y Einstein, Howard Hinton y Uspenski.

★

Generalmente, los alegatos por una cuarta dimensión derivan de las definiciones preliminares de la geometría euclideana. Esta procede de manera sintética: empieza por el punto convencional, que se postula sin dimensión de ninguna clase; pasa después a la línea convencional, que se postula como longitud sin anchura, pasa después a la superficie convencional, que se postula como simple extensión, sin profundidad; y arriba así al volumen o cuerpo, que abarca las tres dimensiones. Ese proceso imaginario se vale de la idea de movimiento: las sucesivas posiciones del punto van trazando una línea, las de la línea recta o curva una superficie, las de la superficie un volumen. Conviene repetir que esa operación está a cargo de símbolos y que no se concibe el momento en que los puntos inextensos empiezan a trazar una línea, o las líneas sin anchura una superficie, o las superficies un cuerpo. Hay quien afirma que una sombra es una superficie sin espesor; es casi un juego de palabras, ya que una sombra, por cambiante que sea, no es otra cosa que cierta porción de volumen donde no cae la luz. La superficie, el punto y la línea son lo que declara Karl Pearson (*Gramática de la Ciencia*, página 181 de la traducción de Besteiro): *resultados de procesos mentales que pueden iniciarse, pero cuyos límites nunca pueden ser alcanzados en la percepción; concepciones que no se corresponden con experiencia alguna posible*. En otro lugar las define: *ideales geométricos*.

La menor partícula de Universo tiene tres dimensiones; no una sola ni dos. Dicho sea con otras palabras: En cada punto del espacio tres líneas perpendiculares entre si pueden convergir. O si no: Las líneas perpendiculares entre si que pueden convergir en un punto dado forman un número infinito de grupos, pero cada grupo es de tres. De tres precisamente, no de más ni menos de tres.

Los propulsores de otra dimensión quieren desconocer la anterior. Arguyen de este modo: *Si la traslación del punto engendra una línea, y la de la línea una superficie, y la de la superficie un volumen, la del volumen engendrará una cuarta figura, de cuatro dimensiones*. La premisa es falsa: el punto es incapaz de producir líneas, la línea de producir superficies, la superficie de producir volúmenes. Euclides ha invertido arbitrariamente un proceso analítico: el de descomponer el espacio de la intuición — que nunca deja de abarcar las tres dimensiones — en superficies, líneas y puntos. Lo verdadero es el volumen, no el volumen más una dimensión, o menos una o dos.

El debate prosigue. Los innovadores pueden argüir que el espacio común, lejos de ser una intuición *a priori* como resuelve Kant, es obra de una lenta coordinación de elementos táctiles y visuales. La superficie, el punto y la línea son ideales geométricos, pero asimismo lo es el volumen y asimismo lo puede ser el hipervolumen, de cuatro dimensiones. No habrá en el Universo material un solo triángulo absolutamente equilátero, pero lo podemos intuir; no habrá un solo hipercono, pero alguna vez lo intuiremos. Esa promesa nos da el libro de Hinton, *Una Nueva Era del Pensamiento*, que consta de una serie de ejercicios con cubos de diversos colores, pera educar la imaginación. Lo he comprado, lo he comenzado a leer, lo he prestado; me acuerdo apenas de los cubos con sus vastos nombres de estrellas y de su arquitectura vertiginosa. No importa: en Brixton, en Quebec, en Rangoon, acaso en Lomas de Zamora, habrá señores jubilados que lo estudiaron y que pasean con el rico misterio bajo la decente galera.

He tratado hasta aquí de la geometría euclidiana. El método analítico, o algebráico, permite el desarrollo de geometrías de un número cualquiera de dimensiones. Whitehead — en la *Enciclopedia Británica* — hace notar que la posibilidad de esas geometrías nada tiene que ver con la existencia física, real, de un espacio, o hiperespacio, correspondiente.

Queda un hecho innegable. Rehusar la cuarta dimensión es limitar el mundo; afirmarla es enriquecerlo. Mediante la tercera dimensión, la dimensión de altura, un punto encarcelado en un circulo puede huir sin tocar la circunferencia; mediante la cuarta dimensión, la no imaginable, un hombre encarcelado en un calabozo podría salir, sin atravesar el techo, el piso o los muros. Hay otras diversiones. En 1897, H. G. Wells publicó aquel famoso *Caso Platner*, que narra la aventura de un serio profesor de alemán que fué arrebatado a un mundo de espantos y volvió zurdo y con el corazón del lado derecho. Lo habían invertido íntegramente, igual que en un espejo.

★

El arquitecto norteamericano Claude Bragdon ha publicado un *A B C de la Cuarta Dimensión*, en 15 lecciones. Traduzco, abajo, la primera.

★

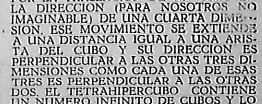
ABC de la 4a. Dimensión

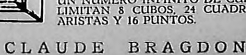
LA LINEA: FIGURA DE UNA DIMENSION PRODUCIDA POR LA TRASLACION DE UN PUNTO. CONTIENE UN NUMERO INFINITO DE PUNTOS Y LA LIMITAN 2.

EL CUADRADO: FIGURA DE DOS DIMENSIONES, PRODUCIDA POR LA TRASLACION DE UNA LINEA EN UNA DIRECCION PERPENDICULAR A LA MISMA, A UNA DISTANCIA IGUAL A SU LONGITUD. CONTIENE UN NUMERO INFINITO DE LINEAS Y LO LIMITAN 4 LINEAS Y 4 PUNTOS.

EL CUBO: FIGURA DE TRES DIMENSIONES, PRODUCIDA POR LA TRASLACION DE UN CUADRADO EN UNA DIRECCION PERPENDICULAR A SU PROPIO PLANO, A UNA DISTANCIA IGUAL A SU LADO. CONTIENE UN NUMERO INFINITO DE CUADRADOS Y LO LIMITAN 6 SUPERFICIES, 12 ARISTAS Y 8 PUNTOS.

EL TETRAHIPERCUBO: FIGURA DE CUATRO DIMENSIONES, PRODUCIDA POR LA TRASLACION DE UN CUBO EN LA DIRECCION (PARA NOSOTROS NO IMAGINABLE) DE UNA CUARTA DIMENSION. ESE MOVIMIENTO SE EXTIENDE A UNA DISTANCIA IGUAL A UNA ARISTA DEL CUBO Y SU DIRECCION ES PERPENDICULAR A LAS OTRAS TRES DIMENSIONES COMO CADA UNA DE ESAS TRES ES PERPENDICULAR A LAS OTRAS DOS. EL TETRAHIPERCUBO CONTIENE UN NUMERO INFINITO DE CUBOS Y LO LIMITAN 8 CUBOS, 24 CUADRADOS, 32 ARISTAS Y 16 PUNTOS.





CLAUDE BRAGDON



M ARIA Antonieta, hija de María Teresa, emperatriz de Austria y de Francisco de Lorena, se casó a los quince años con el delfín de Francia, Luis, nieto de Luis XV El delfín era un hombre tan pesado de cuerpo como de espíritu, y aunque sus hábitos rayaban en lo sencillo, y sus costumbres, por su pureza contrastaban con la depravación de la corte vesallesca, la extremada timidez de su carácter impidióle impusiera su voluntad, en primer término a su joven esposa, y en segundo, a sus cortesanos. María Antonieta, en cambio, poseía una naturaleza franca y humana, era vivaz, aturdida, impetuosa, dotada de un corazón excelente y deseosa de hacerse querer. Durante los diez primeros años del reinado de su esposo, quiso, a la usanza de las princesas de la Casa de Austria, vivir para ella misma, desdeñando la severísima etiqueta de una corte que había reglamentado los menores actos de la realeza. Abandonó el frío palacio de Versailles, por el pequeño Trianon donde podía imaginarse una de las tantas mujeres pudientes de su reino, con pleno derecho a la felicidad de la vida privada. Sus ligeresas, sus aturdimientos, su amor desordenado por el boato y las modas, sus amistades demasiado apasionadas y exclusivas, hirieron en lo más vivo a la antigua nobleza francesa. El pueblo que sufría privaciones increíbles, a pesar de ello se rindió a menudo a la seducción de su persona y la donosura de sus maneras. Sabía ser reina cuando la ocasión lo exigía, mas andando el tiempo, las erogaciones extraordinarias que imponían al tesoro real, sus caprichos, le restó todo el respeto y la simpatía populares.

Contados personajes femeninos de la historia, son objeto de un estudio más prolijo y apasionado que esta reina de Francia, la última de sus reinas "in sensu strictu", porque pudo imponer a menudo, su voluntad y sus caprichos de un modo absoluto.

Hasta poco ha, habíasele tenido a la grácil princesa como una mujer fría, calculadora, más cerebro que corazón, más inclinada a la amistad de damas como Julia, condesa de Polignac o Adelaida de Saboya, princesa de Lamballe, que a los embelesos del amor.

Después de la publicación de parte de la correspondencia del conde Hans Axel de Fersen por uno de sus descedientes, el barón de Klinkowstroem, así como de su diario íntimo, aunque sendos hayan sido mutilados para dejar en pie la leyenda realista sobre María Antonieta, las opiniones han variado considerablemente, y, hoy día se admite como verdad histórica que el caballero de Fersen fué el amigo íntimo y el más leal y abnegado que tuvo la infortunada reina, durante los últimos cinco años de su vida.

Aunque estas cartas son de estilo corriente, en un determinado pasaje del principio y del final se indican expresiones de un acendrado afecto, fácil de adivinar si nos atenemos a todos los actos en que intervinieron la reina y el caballero, desde su primer encuentro en 1774 hasta la muerte ignominiosa de aquélla, en 1793. Además, frases demasiado comprometedoras, fueron expresamente borradas por los Fersen, depositarios de esta correspondencia, que permite reconstituir uno de los dramas de amor más dramáticos y movidos de que se tenga memoria. Algunas de las cartas de la reina, fueron quemadas por uno de los Fersen pocos momentos antes de expirar, fiel en su actitud a la pasión elevadísima, aunque absorbente de su antepasado por María Antonieta, noble y desventurado amor que la posteridad no debía llegar a conocer, sino como una llama que ardía tan sólo en los dominios de lo ideal. Esta exaltada idea de la divinidad de los reyes, fué la que tanto tiempo mantuvo en la sombra la verdad acerca de

Los Amores de Una Reina

estos amores de un matiz profundamente arraigado, y tanto más emotivos cuanto influía sobre ellas todas las inquietudes inacabables de una conmoción histórica como acaso jamás vuelva a repetirse.

La naturaleza íntegra de la reina, su natural sencillo y honrado, y todas aquellas sublimes virtudes que el infortunio más cruel hizo nacer en su alma, en nada desmerecen por saberse que antes que un personaje falaz y desnaturalizado por una etiqueta ridícula, fué una mujer, y las más dignas de admiración.

★

Hans Axel de Fersen era hijo de un senador sueco, y a la par de su padre, dueño de una fortuna considerable. Siguió el apuesto joven la educación que en esa época se daba a los hidalgos, consistente en viajar unos años, por Alemania, Francia e Italia, con algún preceptor y estudiar sus costumbres y sus leyes. Salió Fersen de Suecia a los quince años, y a los dieciocho se hallaba en París, procurando dar a sus maneras ese atildamiento, y a su inteligencia, ese "sprit", que eran considerados como algo inseparable de la capital del "más hermoso de los reinos, bajo el cielo".

Los retratos que se conservan de él, nos lo hacen ver como un hombre muy guapo, mus-



culoso, alto, bien formado, dotado de una mirada firme, y desprendiéndose de su ser, una virilidad encantadora. En el frívolo París de los grandes señores, sus éxitos mundanos fueron resonantes. Así se lo hizo saber a su soberano Gustavo III de Suecia, el respectivo embajador: "De todos los suecos que han estado aquí en mi época, De Fersen es el que ha hallado mejor acogida en el gran mundo".

★

El encuentro de María Antonieta con de Fersen posee todo el hechizo poético del de Julieta con Romeo. Tuvo él lugar en un baile de máscaras celebrado en la Opera de París, el 30 de enero de 1774, unos tres meses antes de la ascensión al trono de la entonces delfina de Francia. Así lo percibió la princesa, comenzó ella a hablar al joven con toda desenvoltura en gracia al antifaz. El hecho no dejó de halagar sobre manera a De Fersen, pues María Antonieta, por la esbeltez de su talle, su gracioso andar, sus exquisitas maneras y su elegancia de buen tono, era una joven capaz de llamar la atención del hombre poderosamente.

Cuando la situación se hizo comprometedora entre los dos jóvenes, movidos por una súbita pasión, acaso primeriza, los cortesanos procuraron alejar a la imprudente coqueta, cuando ésta, para evitarlo, se quitó el antifaz: Hans Axel de Fersen tenía ante sí a la heredera del trono de San Luis.

Desde entonces, a pedido de la reina, se vuelve un asiduo de las fiestas versallescas. Un idilio acaba de nacer. La repentina muerte de Luis XV, transforma a María Antonieta en reina de Francia. De Fersen, cuyo amor es sobre todo caballeresco a fin de no comprometer a la soberana con su "flirteo" ingenuo y sentimental, se marcha a Suecia. Cuatro años más tarde, en 1784, el caballero vuelve a Francia, y esta vez es para buscar esposa. Su padre así se lo exige. En seguida le reconoce la reina, cuando es presentado a la Corte. María Antonieta no puede pasarse de su presencia en Versailles. Escribe él por ese entonces al severo senador, que: "La reina es la persona más bonita y amable que haya conocido".

María Antonieta está perdidamente enamorada, da señales inequívocas de su afecto a Fersen en todo momento, cuando canta, cuando baile, cuando le contempla de soslayo. La Corte empieza a murmurar. El caballero desaparece una vez más para no complicar la vida de su amada: se va a pelear a las colonias inglesas como ayudante de Lafayette. Durante los cuatro años de ausencia, es activa la correspondencia entre los apasionados enamorados. Al regresar a Francia ya desiste de casarse, y manifiesta a su hermana la razón de ello: "...no pudiendo pertenecer a la única persona deseada, la única a la cual amo en verdad, quiero permanecer libre".

A partir de 1785 Fersen ya no abandona a Francia.

Entre tanto, el escándalo provocado por el asunto del collar, que tanto desacreditó a la reina, a pesar de su inocencia, y tan odiosa le hizo al pueblo, había transformado por completo su ánimo. Razón le asistía ante tanta calumnia inverosímil para sentar esta luminosa verdad moral, clave de su altiva dignidad ante la desgracia: "Se siente mayormente en la desgracia, lo que se es en verdad".

Se aleja María Antonieta de sus privados, conoce finalmente la perfidia del mundo casquivano al cual entregó tan cabalmente su corazón, durante sus años mozos. En ese momento de soledad y aislamiento, aparece Hans Axel de Fersen para consolarla. Cuando ella era feliz, adulada, cuando sus menores caprichos se imponían como modas, temía el caballero ser inoportuno, aparecer interesado; mas ahora que la soledad y el silencio rondan por el palacio vastísimo de Versalles, y por el pequeño Trianon, el nido íntimo de la soberana, ¿quién se atreverá a dudar de su nobleza de alma, de su abnegación y de su caballerosidad?

"Ella llora a menudo conmigo, juzgad si debo quererla", comunica Fersen a la hermana amantísima que siempre estuvo al tanto del oculto secreto de su corazón.

★

Al morir prematuramente Mirabeau, se fué con él toda esperanza de salvar a la vacilante monarquía capeta. Había sentido el fogoso tribuno muy en lo vivo la seducción y el valor de la reina. Al salir de la única entrevista que tuvieron ellos, exclamó: "Ella es un alma muy grande, muy noble y muy desventurada, mas yo he de salvarla!"

Reducida la familia real a un desesperanzado cautiverio, concibió Fersen la huída de aquélla a Varennes, donde les aguardaría el ejército de los soberanos aliados. Fracasó lamentablemente esta empresa, planeada con tanto amor e ingenio, de manera muy particular, porque el rey, indeciso siempre, rehusó la compañía del abnegado y resuelto hidalgo; así salió de París.

Durante los tres angustiosos días que exigió el regreso a la capital, no tuvo María Teresa otro pensamiento que la situación de Fersen. ¿Habría sido él arrestado o ejecutado por su causa?

A pocos días de este hecho, transida de pena, la reina escribe: "Vivimos... no regreséis bajo ningún pretexto... ya no podré escribiros".

Y, más tarde le remite esta carta que contiene la más tierna y encendida explosión de su amor: "...Enviadme la dirección adonde pueda dirigir mis cartas; no puedo vivir sin ellas. Me despido del más amante y el más amado de los hombres..."

Por intermedio del conde de Esterhazy, envió María Antonieta a Fersen un anillo con una inscripción alusiva a las flores de lises, que llevaba grabadas: "Cobarde es el que las abandona".

Correspondía plenamente al juramento de amor de tan cumplido amante: "Sólo vivo para serviros".

No pudiendo contener ya su angustiosa desesperación, de Fersen, el 13 de febrero de 1792 regresó a Francia con serio riesgo de su vida. Hombre alguno era allí más odiado; había sido puesta a precio su cabeza.

Bajo la égida de un disfraz y munido de un falso pasaporte, penetra el audaz enamorado en el palacio de las Tullerías, que estaba custodiado por 1200 guardias nacionales, y donde no menudeaban los espías. Prodigiosa es la inventiva del amor. Abre la puerta que conduce a los departamentos privados de la reina. ¡En qué trágico trance se vuelven a reunir estos dos seres nacidos el uno para el otro! Una noche entera pasó Fersen oculto, al día siguiente propuso otra vez al rey que huyera de la catástrofe, que se avecinaba a pasos gigantescos, mas este hombre, decente e íntegro, rehusó por no faltar a su juramento.

Esta es la última vez que se vieron María Antonieta de Francia y Hans Axel de Fersen.

POR

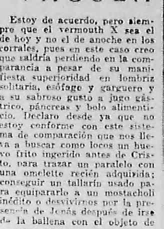
ALBERTO NIN FRIAS

ILUSTRACION DE GUIDA

Museo de la Confusión

POR

ANIMULA VAGULA



EN el Carnet Social de la revista Para Ti, correspondiente al 17 de julio, me enteré del chimento que continúa:

Se comprometieron el mismo día que ella cumplía años. Se casaron el mismo día en que él festejaba el aniversario de su nacimiento. Y acaba de nacer el primer fruto de esa unión de amor el mismo día en que, hace tres años, fueron presentados el uno al otro. Hay coincidencias realmente curiosísimas y venturosas que parecen señalar con jalones de dicha un verdadero romance de amor.

No creo en estas curiosas coincidencias. Ante todo si se comprometieron el día que ella cumplía años y se casaron cuando el otro trató de imitarla, es lógico suponer que estas coincidencias fueron premeditadas larlamente por la onomástica pareja. Sobre la tercera coincidencia diré que también abrigo mis sospechas, pues es voz corriente en el barrio que cuarenta y cinco días antes de florecer oficialmente el retoño, ya habían sido vistos por los alrededores de la mansión señorial, algunas señoras con chapa, diversos carros atmosféricos y ciertas autobombas voluntarias de la Boca, todos los cuales coadyuvaron eficazmente para que en el momento oportuno se cumpliera la casual fructificación. Desviándome un poco más del asunto, diré que no veo la conveniencia de ligar todos los actos de nuestra vida a dos o tres fechas determinadas, obligándonos a perder una pierna de palo justo a los tres meses de habernos roto un ojo de vidrio; de caernos de un ascensor tres peldaños después de bajar por la escalera o de encontrarnos a un moscovita a los tres segundos y un quinto de ser picados por una mosca tsetsé. Entre algunas coincidencias inéditas por si algún maniático desea utilizarlas, puedo citar las que siguen: nacer un veinticinco de Mayo y cumplir años en nueve de Julio (coincidencia patria); salir a la calle un día jueves, en cabeza, y regresar también un jueves, con el mismo sombrero y distinta cabeza; tener dos ases de espada en la manga izquierda al tiempo que nuestro compañero de juego nos pasa la seña de tres ases de basto que esconde detrás de la oreja de la misma banda, etc.

★

En la misma revista, dedicada a las casualidades, hallé una interesante propaganda a favor de cierto vermouth de marca italianizante. Dice así:

Allí donde el "bouquet" de un cocktail es juzgado por expertos... donde la dama y el caballero comparan el vermouth de hoy con el que tomaron anoche... allí es donde el Vermouth X tiene éxito y conquista.

Estoy de acuerdo, pero siempre que el vermouth X sea el de hoy y no el de anoche en los corrales, pues en este caso creo que saldría perdiendo en la comparancia a pesar de su manifiesta superioridad en lombriz solitaria, esófago y garguero y a su sabroso gusto a jugo gástrico, páncreas y bolo alimenticio. Declaro desde ya que no estoy conforme con este sistema de comparación que nos lleva a buscar como locos un huevo frito ingerido antes de Cristo, para trazar un paralelo con una omelette recién adquirida; conseguir un tallarín usado para equipararlo a un mostacholi inédito o desvivirnos por la presencia de Jonás después de irse de la ballena con el objeto de determinar exactamente las diferencias que lo separan de una lombriz de un insecto o de cualquier otra carnada apetecible.

★

En El Suplemento, del 11 d... julio, tuvo el gusto de sali... cuento titulado María de ... y del que era responsabl... venne Tyndall. Este nombr... exótico comienza su nar... así:

María de Leniz nació en calle Pasteur, entre Corrient... y Sarmiento, en la trastienda de una librería.

Más adelante nos ofrece otr... dato sobre la heroína. Es este:

Como un suave animalito en acecho, buscó amistades y copió trajes.

No me imagino a qué clase de animalitos se refiere el escriba. Los pocos que yo conozco evitan las amistades cuando están en acecho y no demuestran mayores entusiasmos por dedicarse al pantógrafo, los figurines o recorrer las grandes tiendas. Tal vez alguna rara especie de berberecho haya demostrado interés pasajero por adquirir una escafandra o ciertos Mihura por conseguir un traje de luces, pero esto sólo en raras ocasiones y nunca en la trastienda de una librería, ni al pasar por la calle Pasteur.



Muestras sin Valor

★

La Virgen del Rosario y Kropotkin

Me agradaba visitar la pieza del camarada Miguel Durán, allá en Trenel, en la pampa del trigo y los "crotos".

Trabajaba Durán en los galpones de la empresa del F. C. O., cinchando ocho horas fatigosas y largas, y cada día regresaba con su paso tranquilo y vigoroso, y en la cara cubierta de sudor y polvo siempre le quedaba espacio para su sonrisa franca y fuerzas en su mano fatigada para el apretón cordial. Su compañera, una mujer como casi todas las mujeres proletarias: manos enrojecidas, maestras en el arte de cebar mate y ojos entristecidos de mirar el agua turbia de la batea.

Pero... Ahí está la cosa. ¿Cómo lo digo? Bueno, de golpe: en la única pieza — dormitorio, comedor, sala de fumar y de discutir — del compañero Miguel Durán, había a la cabecera del amplio lecho de dos plazas una imagen de la Virgen del Rosario, una de esas litografías que venden los turcos ambulantes y casi todos los bazares de todos los pueblos, y, en la pared de enfrente, un retrato de Kropotkin con su barba y su personalidad abundantes.

Aunque siempre me intrigó, nunca interrogué a mis amigos sobre aquella rara vecindad. Pero un día, entre mate y mate y durante una breve ausencia de su compañera, Durán me explicó al sorprender, quizás, que mis miradas iban desde la litografía piadosa a la estampa extremista:

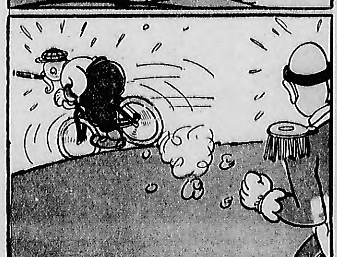
—La "patrona"... ¿comprendés? Ella, la pobre...

Claro que comprendía. Además, es tan fácil de comprender, ¿no es cierto?

VICENTE BARBIERI

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez













CULEBRAS

POR

ARTURO J. VASQUEZ

ILUSTRACION DE ROJAS

CAMPO casi desierto; bajos poblados de pardos pajonales, enmarañados, selváticos; lagunas inmensas, escondidas detrás de los albardones; fachinales cenagosos, traicioneros; azulados bosques de duraznillo, cimbreantes, parejitos como almácigos.

En un claro del terreno, semioculto a la vista del viajero por la frondosa vegetación, se alza el rancho de Wenceslao. Unico poblador en tres leguas largas a la redonda, con su mujer y su hijito. Nido gaucho el de ellos, recién formado.

Cuando al mediodía, bajo el sol ardiente de verano, Wenceslao desmontó en el palenque, Serafina fué a su encuentro presurosa, gimoteando.

—... el nene s'tá enfermito... — dijo soltando el llanto aquélla, afligida, celosa del cuidado de su primer hijito.

Sorprendido por la ingrata nueva, su marido la observó un instante, mientras al tanteo echaba un nudo "potriador". Al cabo dijo:

—¿Qué le pas'al chico?...

—Yo no sé..., dende que te juist'esta mañanita, que no hace más que yorar; no tiene consuelo... — habló en lágrima viva Serafina, y se volvió corriendo.

Wenceslao la siguió al tranco largo.

"¡Caracho!... ¿Qué tendrá el chico? — pensó —. ¿Pero si ayer s'estuvo ráindo, viendo cómo jugaba, enriedando los deditos en los flecos del poncho que li'ha puesto'e cubija, y el muy diantre, de cuando en cuando, largaba un "ajó" de lo más cantor? ¡Jesús bendito!... Di'un tiempo a esta parte, las cosas no pueden dirle pior...; ¡ni que l'hubiera miao algún perro!..." Y franqueó la puerta receloso, estirando el pescuezo como "ñandú" en las pajas para mirar a la distancia. Ya sobre la cunita, contempló unos instantes a su hijito, y meneando la cabeza, sonrió, renaciendo en él la calma que había perdido unos instantes, mientras hablaba a su mujer, que permanecía a su lado:

—Ti'has asustao, Serafina, ¿no ves qué lindo s'tá el chico?...

En ese momento, el "gurisito" dormitaba rendido por el insomnio de varias horas. Para Wenceslao no tenía mayor importancia el hecho de que su mujer se afligiera y lloriqueara, "s'taba acostumbrao a verla lagrimiar por sonseras". Y esa fué la causa de que el comienzo del terrible mal que se insinuaba en la inocente criaturita, no requiriera la atención debida de su parte.

Enjugándose las lágrimas con el delantal, su mujer aseguró:

—En todita la mañana no ha tenido consuelo; riciencito áura si'ha dormido...

Se hizo una pausa, a la que puso fin Wenceslao, interrogando:

—¿L'hiciste algún rimedio?

—Sí; calenté grasa'e lagarto y le dí unas friegas en la barriguita.

—Ta bien; si acaso no se compone con eso, li'hacés un tesito'e menta o 'e la lucera...

—Tói priparando una cataplasmita di'unto sin sal con palán-palán y la marceia... — se apresuró a contestar su mujer.

Wenceslao se alarmó:

—¡No, Serafina, no! — retó —. ¡Jesús lo ampare al pobrecito de m'hijo si le aplicás ese emplasto; capaz'e dejarl'el cuerito en yaga viva!...

—Yo no sé qui'hacerle... — protestó entre afligida y contrariada aquélla.

—Con lo que yo t'he dicho basta..., no hace falta tanta cosa... — concluyó Wenceslao. Y seguido de su mujer fué a prepararse para salir de viaje, mientras agregaba:

—Mi'hacés acordar a la finada mama — Dios la tenga en su santa gloria —, por una nadita en sus hijos, era un afligirse que daba pena... Ah, ah, mesmamente...

El niño lloriqueó entredormido, dando muestras de hallarse molesto.

Serafina volvió a impacientarse mirando angustiada a su marido, a tiempo que aquél, haciéndole señas de guardar silencio, le habló en voz baja:

—Dejálo al chico y dame ropa limpia.

Momentos después, listo para partir, desde el caballo Wenceslao hizo las últimas recomendaciones.

—Güeno — dijo —, ya sabés, Serafina... Tal vez no dé la güelta hasta dentro de unos dich'o doce días; si te parece qu'el chico no sigue bien, li'avisás a doña Anacleta, ¿mi'ois?...

—Sí... — respondió Serafina, resignándose.

Y malcornando en la rienda a su montao, advirtió:

—Hái te dejo cabayo a soga larga'e nel potrerito.

Ya de espaldas, arrancando al tranco, mientras se acomodaba el sombrero se despidió.

—Ta la güelta —dijo.

Serafina quedó contemplando la silueta de Wenceslao, hasta que echando la tropilla por delante, desapareció detrás de un fachinal.

★

Diez días han transcurrido desde aquél, en que la desdichada criaturita reveló los síntomas de su enfermedad, diez días interminables, preñados de desvelos y de sufrimientos para la atribulada madre, que presa de la angustia más desesperante va y viene por el cuarto con el niño en brazos; se asoma a la puerta, mira hacia el sendero por el que ha de venir su marido, pero en vano, aquél no llega; torna a los paseos, llora, apreta al niño contra su pecho, lo besa, se siente impotente, desfallece, reacciona. No se da tregua. El "gurisito" no cesa de llorar; su llanto, cada día que pasa es más débil a causa de la casi absoluta desnutrición que viene padeciendo. Ni rastros quedan ya del rollizo y hermoso niño que fuera. El terso rosado de su carita ha desaparecido, trocándose en negruzco, lívido. Y sus párpados, entreabiertos de continuo ahora, dejan traslucir el opaco acentuado de sus pupilas tristes.

A efectuar una de las periódicas curas, por no poder acertar la enfermedad, la "médica" llega al rancho de Wenceslao; sin llamar se dirige a su interior.

—Güenas tardes hijita, ¿cómo sigu'el chico? — dice doña Anacleta, franqueando la puerta.

Al ver llegar a la "culandrera", Serafina da un grito de desesperación, que es también de consuelo, y va a unirse en un abrazo con aquélla, mientras clama piedad a Dios para su hijito enfermo.

—Rezále a Nuestro Señor, hija mía —continúa doña Anacleta, con la más convincente parsimonia —, para que su poder divino haga el milagro de salvar a este angelito...

Y dejándose caer suavemente de rodillas, las dos mujeres se entregan a rezar juntando las manos sobre el bebé que está en su cunita como un cadáver.

Rato después, la "médica" se dispone a retirarse.

—Güeno, hijita... — volvió a decir doña Anacleta, con ese modo jesuítico que empleaba para justificar su profesión — ya no tenés porqué afligirte..., con esa cataplasmita 'e caliguala que l'hemos puesto en el pechito y unas gotitah'e té de paico pa los riñoncitos y que li' has'e dar cada doh'oras, el mal tiene que ceder; saumá la pieza con arazá, y con tu saliba en ayunas li'hacés una cruz en la frente y le rezás un Padre Nuestro...



Dicho esto, doña Anacleta hizo la señal de la cruz y dijo unas palabras en tono muy bajo.

Serafina tornó a pasear su nene que lloriqueaba en un constante plañir de gatito recién nacido.

Queden con Dios, y hasta mañana — se despidió la "culandrera", y salió toda atareada rumbo al palenque, barriendo el suelo con la pollera y acomodándose el pañuelo en la cabeza para defenderse del sol que caía implacable sobre la tierra.

Instantes después, el sobrepaso de su "gatiada" pasuca, atronaba el campo, alejándose.

Desde las vecindades del rancho llegan los rumores de la noche al lecho de Serafina, que ha empezado a sentir miedo por lo más insignificante. Se encerró con la oración y ya ni sabe el tiempo que hace que está en la cama sin poder conciliar el sueño; cuando quiere dormitar rendida por el cansancio, y desde un pajonal vecino llega el canto del "ñacurutú", un escalofrío de miedo le recorre el cuerpo; piensa en su hijito, pone atención, aquél parece no dar señales de vida; a tientas arrima el oído, no se atreve a tocarlo, teme que esté muerto; de un salto se sienta en la cama, al oscuro busca los fósforos, enciende el candil.

Escucha la respiración afanosa del hijo, y se calma, hasta que el ruido de las totoras del alero, castigadas por ráfagas de viento, pone otra vez el desasosiego en su alma.

Llora el "gurisito", y ese llanto que es de dolor, tranquiliza, sin embargo a la madre, porque es expresión de vida.

Pero ese lamento es tan apagado que parece salir de un profundo pozo. Intenta, en vano, amamantarlo; el estado de extenuación del enfermito no le perminte localizar el pezón. Ayudado, no consigue chupar, y lo abandona. Su cuerpecito se agita por la fatiga que lo ataca. "Virgen del Carmen — grita Serafina —, ¿qui'ha hecho mi nene pa sufrir ansina?; tan güenito qu'era mi machito querido!; si yo nunca l'hecho mal a naides, ¿porqué s'te castigo?... ¡Güencelao! ¡Güencelao! ¡Golvé pronto, Güencelao!, qu'el nene se muere... ¡Piedá pa m'hijito, Señor". Y la angustia le atenacea la garganta hasta hacerla enmudecer.

Cuando ya vencida por el sueño, en el mojinete del rancho donde duerme, un gallo se castiga los flancos, disponiéndose a cantar, Serafina despierta en un sobresalto, y reniega contra sí misma: "Cosa bárbara, m'he puesto como una creatura'e miedosa..." Y la noche se le hace interminable. Desea que aclare cuanto antes; a la luz del día soporta con más valor la desgracia que asentó el vuelo en su rancho y parece empeñada en no irse, hasta llevarse lo que ella más quiere. Por su cabeza atolondrada galopan los más diversos pensamientos. A través de una rendija de la puerta contempla una estrella por momentos; oye aullar a un zorro que anda haciendo de las suyas con los perros, "ya loh'a toriao dende treh'o cuatro lugares distintos, siniudamente pa engañarlos y ganár seleh'a la cosina". Y como la noche avanza, el cansancio la vence y queda profundamente dormida.

Cual si hubiera estado en acecho, por un buraco que ostenta la puerta a ras del suelo, una enorme culebra se desliza suavemente al interior del cuarto; avanza en dirección a la cama, se enrosca en una de las patas, trepa; Serafina está semidesnuda por el calor, sus pechos, jóvenes, frescos, caen tiesos a ambos lados...

★

Han de ser como las tres y media de la madrugada, porque el lucero del alba apunta a ras del horizonte, dando comienzo a su ascenso vertiginoso sobre el cielo y una débil claridad va dominando la noche.

Dejando de lado la tropilla en un lugar de pastos frescos, Wenceslao viene llegando a las casas, al tranco de su "aporotao", costeando una laguna, ahuyentando con su presencia las bandurrias y chajáes de la costa. Desconfiadas y escurridizas, las gallaretas se internan rompiendo la mansedumbre de las aguas que espejean en el claro-oscuro de la noche, en conos que se alargan hacia adentro, mientras los teros, celosos de sus crías, llegan en su audacia a exteriorizar sus protestas por sobre la cabeza de Wenceslao.

Uno de sus perros fué a alcanzarlo en el camino, gruñendo bajito de contento, saltando sobre el hocico del caballo y el estribo. "Quieto, amigo, quieto", se ve obligado a llamarlo al orden aquél, temeroso de que el can lo descubra con sus manifestaciones de alegría, "si ha propuesto yegar sin que l'oiga su mujer y verla dormida con su hijito... Por que vean qu'es gauchito su chico, ¿no?... Ah, ah... Disiando s'taba en dar la güelta... ¡Tan chiquitito y vean que tira, amigo! Si se'abrá acordao veces en los días que duró el viaje... ¡Cosa'e no crér!... La custión v'ser cuando li'haga buya con ese sonajero enyenito 'e perendengues que le compró en el viaje a un turco mercachifle... ¡Hái v'ser la cosa, amigo! ¡Ya lo creo!..."

Y como presiente dormida a su cónyuge, desmonta en el palenque, para que los trancos de su caballo no lo descubran. Después de desensillar, avanza sobre el patio con la mayor cautela. Se detiene espantando a los perros con ademanes.

"¡Animales ladinos!", dice para sí, y los sortea evitando enredarse en ellos. Ya en la puerta, saca el cuchillo y lo introduce por una abertura de las tablas; la tranca-molinete cede maravillosamente, franqueando la entrada. "Ni susto se v'apegar Serafina — piensa, dando un paso hacia el interior del cuarto —, cya que se r... tan ...gura..." Pero al instante es interrumpido en su soliloquio. Ha puesto un pie sobre una cosa redonda, dura y resbaladiza. El instinto lo hace afirmarse sobre aquello, recibiendo simultáneamente un chirlo en la pierna y una fuerte ligadura le sube veloz a la rodilla.

Lo inesperado del trance ha hecho pegar gritos de angustia a Wenceslao:

—¡Serafina! ¡Serafina ¡Priendé luz, Serafina! — llama angustiado.

Aterrorizada por la intempestiva y desconcertante llegada de su marido, Serafina despierta dando alaridos de espanto, mientras que aquél, agarrado al marco de la puerta, se afirma con todas las fuerzas de que es capaz, en la lucha con su enemigo invisible. Siente que una fuerte ligadura aumenta rápidamente la presión, estrangulándole la pierna a tiempo que un sudor frío le brota por la cara.

—¡Priendé luz, Serafina!... ¡Priendé luz!... — volvió a gritar ya fuera de quicio Wenceslao.

Aquélla, con el mayor sigilo baja de la cama, enciende el candil y se aproxima, desesperada, torpe, mientras interroga en el colmo de su atribulación.

—¿S'tás herido Wenceslao? ¿Qué ti'han hecho?..

—¡No ti'asustés! ¡No ti'asustés... — habla procurando serenarse Wenceslao, infundiéndole valor a su mujer —. A ver, alumbrá con cuidao... aquí abajo en la pierna...

—¡Una culebra, Güencelao! ¡Una culebra!... — grita espantada su mujer.

—¡Matála, mujer! ¡Matála!...

Y sin titubear un instante más, Serafina recogió el cuchillo que había perdido Wenceslao, aplastando con sucesivos planazos contra la pierna de aquél la cabeza de la culebra.

Luego, apagado y doliente, se escuchó la queja que quería ser llanto del hijito.

—¡Corré, Güencelao!... ¡Ligero! ¡El nene!...

ante la cuna, alzando al pequeño, Serafina agregó:

—Mirá cómo está el nene, Güencelao... Mirá en qu'estao, mirá...

La criaturita languidecía, boqueando en su intento por llorar.

—Pobrecito mi chico... t'atacao'e "culebrina" — dijo palideciendo Wenceslao. Y agregó abatido:

—¡No ti'has dao cuenta qu'ese bicho inmundo ti'ha estao chupando la leche dende que yo falto'e las casas!...

Recién ahora comprendió Serafina el por qué de sus pechos fláccidos, vacíos, al amanecer de todos esos días. Y la invadió una mezcla de repugnancia y miedo verdadero, al ver al reptil debatirse en los estertores de la agonía.

Un desmayo la dió en tierra como fulminada.

Y Wenceslao, mirando con repugnancia a la culebra, gritó:

—¡Bicho inmundo!...

Vocaciones y Veleidades

NADIE discute la existencia de una vocación poética, de una vocación militar, de una vocación eclesiástica, de una vocación mercantil, de una vocación de hacer el bien, de hacer el mal... y hasta de no hacer nada. Cualquiera ha sentido, con mayor o menor intensidad, alguno de esos reclamos, verdaderos "llamados" como dice su nombre. O los ha visto actuar en los otros, netamente unas veces, confusa o difusamente las más. Aun en estos últimos casos, si pudiéramos repetir ante nuestros ojos la vida de esos hombres, por medio de una película cinematográfica en que hubiera quedado registrada minuto a minuto, desde su nacimiento hasta su muerte, veríamos al final, una vez abarcada en su totalidad, que ciertas disgresiones o desvíos, ciertas vacilaciones, inquietudes, impulsos, desfallecimientos, armonizaban entre sí como fuerzas concurrentes, encaminadas todas hacia un punto que no fué localizado por el individuo. Del mismo modo que el agua, a través de sus vueltas y revueltas, marcha siempre de la montaña hacia el mar, sin descanso, aunque a veces parezca perderse o retroceder. Entonces, frecuentemente diríamos: este hombre nació para ser fraile, y fué soldado; éste pudo ser un gran renovador; este otro era poeta y no lo sabía.

Serían patéticas esas comprobaciones irreparables. Son trágicos los destinos truncos o torcidos. El hombre lo siente así; por eso alienta y favorece en sus semejantes el cumplimiento de la vocación. Entre éstas, hay algunas mejor miradas que las demás. Pocos fomentarían el misticismo en un muchacho; en cambio, las inclinaciones artísticas (no poéticas), la afición a escribir, a pintar, a tocar cualquier instrumento musical, casi siempre son estimuladas. Es claro que esa regla se refiere a la gente en general y sólo es aplicable a la propia familia del sujeto cuando su actitud ante esas manifestaciones no se halla viciada por motivos o conveniencias circunstanciales.

POR

Raúl Rivero Olazábal

Ilustración de

Parpagnoli

Ahora bien; es evidente que esa complacencia no debe adoptarse por sistema; no basta con una inclinación más o menos tibia, o puramente lírica, originada a veces por el descontento o la inquietud. Hay actividades que exigen una vocación decidida, dominadora, una polarización completa de todas las facultades en un solo sentido. No siendo así, quien las abrace fracazará; ¿para qué, entonces fomentar ilusiones?

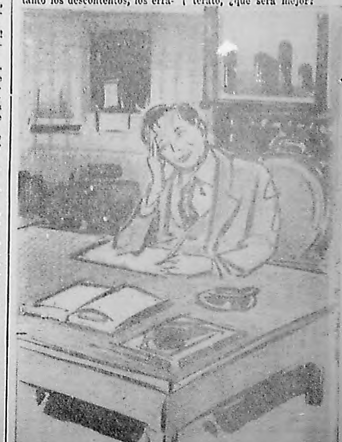
En este punto, nos ponemos en contacto con una cuestión de importancia social en nuestro país: la no coincidencia, en muchísimos casos, de la vocación con las actividades que desarrolla el individuo.

Se dirá que ese es uno de los factores que diferencian en todas partes al trabajo del esparcimiento: el trabajo es una tarea remunerada, cumplida para ganarse el pan y, por consiguiente, obligatoria en tiempo y calidad. En efecto, es así; pero exceptuando algunas actividades que, como la de las letras, no están en el país suficientemente retribuídas, por lo cual su ejecutor debe dedicarse a otros trabajos que, en la mayor parte de los casos, son los que verdaderamente cubren sus necesidades, — con excepción de aquéllas, digo, hay otras ocupaciones remuneradas que pueden coincidir con la íntima vocación del individuo. ¿No se puede ser, acaso, médico, abogado, comerciante, militar, por vocación?

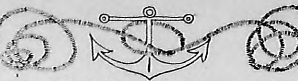
Entonces, ¿por qué abundan tanto los descontentos, los errados en su orientación? Creo que ello se debe, principalmente, a dos causas: 1a.) Manifestación tardía de la vocación. A esto coopera la deficiente organización pedagógica del país, que no tiende a despertar o a fortalecer los gustos del alumno. El problema se agrava en las carreras de iniciación temprana: militar, naval y eclesiástica, es decir, justamente en las que exigen más definitiva inclinación. 2a.) Falta de apego a la propia tarea, de resignación para cumplirla — buena o mala — sofocando aspiraciones más o menos ficticias, provocadas a veces por la lectura o el cinematógrafo. Indudablemente, de no existir la primera causa que hemos dicho, sería más difícil que se produjera esta segunda. Y llegamos a un punto fundamental, que es éste: ¿todas y cada una de las actividades humanas responden a una vocación que coincida exactamente con ellas? Dicho en forma concreta: ¿hay una vocación de ser panadero, picapedrero, vigilante, escritor, político, abogado, comisionista, agricultor, etc. como hay panaderos, picapedreros, vigilantes, escritores, políticos, abogados, comisionistas y agricultores? Yo no creo que haya vocaciones tan diferenciadas como han debido circunscribirse los oficios por la división del trabajo y la especialización proveniente de la técnica, sino que tales ocupaciones pueden clasificarse en grupos de naturaleza o contenido semejante. De ese modo, la vocación de manifestaría, por ejemplo, como una predilección por los trabajos del campo, por la mecánica, por la medicina; la elección entre las distintas faenas comprendidas allí, se haría en virtud de las múltiples razones de índole económica, educacional o simplemente circunstancial que gravitan sobre el individuo hasta el momento de la decisión.

Siendo así, se me ocurre preguntar: ¿puede haber la vocación del empleado? Se entiende que no me refiero a los empleados técnicos, sino a los meramente burocráticos. Es sabido quiénes constituyen los efectivos de las oficinas, por lo común: en las civiles, profesionales fracasados, estudiantes crónicos, artista estirilizados; en los militares, militares fracasados o en potencia. En unas y otras, los que no aspiraban a nada, o aspiraban a todo sin resolverse a nada, el infaltable hijo sin carrera de las familias de médicos, abogados, ingenieros, o militares. Descartados lógicamente los fracasados en su vocación, es a esa última categoría de los incoloros, a la que hay que referirse. Y bien: ¿no es posible una vocación oficinesca? Cualquiera oficina requiere un sentido de empresa, de organización, de orden y de disciplina que bien podrían constituir en conjunto una verdadera vocación, sobre todo en los que no sienten el tirón de ninguna otra. ¿No vemos, acaso, de continuo, esos empleados que se aburren en su casa, donde no tienen materialmente nada que hacer, y que una hora antes de la marcada por el horario ya se encuentran en su oficina, aunque sólo sea para conversar con los ordenanzas? Si allí están a su gusto como el pez en el agua, quiere decir que su trabajo, lejos de violentar sus inclinaciones, las satisface totalmente.

Entonces, fomentar en ellos vocaciones artísticas o literarias que no sean exclusivamente culturales, es fomentar el descontento, la esterilidad, el fracasionarismo, la eterna improvisación, el desamor al trabajo que produce el pan. Todos ellos, males nuestros por definición. Entre un buen empleado y un mal literato, ¿qué será mejor?



EL LAGO AZUL



UN paisano viejo, flaco como perro de indio, nudoso como el ombú, tostado y de rara pelambre, me informa con aniñada voz. El paisano criollo tiene la voz leve; si es aindiado puede tenerla hasta meliflua: lo han acoquinado cuatro siglos de vejamen; parece —dice el Picardía de Martín Fierro— que tiene "algún pecao que pagar". Este retorcido tronco de paisano cordobés que me habla, debe de provenir sin desvío de los primeros quichuas atropellados en las sierras benignas. Se expide con precisión, pero con lenidad, parpadeando, ausentándose.

★

El espléndido lago azul que se dilata ante mí como un área del cielo caída entre los montes, era, hace no muchos años, un ameno valle en que el cristiano y el indio, apaciguados al fin (no sé si molidos los dos de tanto bregar) habían plantado algunas casitas de vivienda y abierto un oratorio. Viniendo de la ciudad lejana, al atravesar el río tortuoso, se avistaba el campanario de la iglesuca, vigilante de los hatos desparramados por los riscos. Ahora, alrededor de las aguas tersas, matizan de vivos colores el verde veronés tupido de los cerros los chalets de los veraneantes. Antes de aquellas casuchas campesinas que se tragó el lago, pobló unos días el valle un estruendo de fusilería, de

dos pares de patas apenas tiesas del pingo. Caballero y caballo semejan tal para cual: dos sobrevivientes de un remoto naufragio, tal vez dos seres en suspenso que esperan su futuro. El camino nuevo, de tersa calzada, que corre bajo sus pies y serpentea sierra arriba, los deja atrás... o los impele: despacio, que voy de prisa, dice el criollo experto. Yo estoy quieto con ellos, pero corro con el ancho camino, que pronto arrastra a gran velocidad sonantes automóviles. Se rozan, parecería que se compenetran, pero el camino y sus autos locos pertenecen a otro mundo que el del paisano y su cabalgadura; me ubico entre los dos, admirando una magnífica naturaleza que la mano laboriosa ha decorado y evocando fuertes paisajes pretéritos. Porque el Lago Azul es hacienda humana, una enérgica obra del hombre, que además lleva su drama adentro.

★

Contrastamos visiblemente al recordarlo el paisano y yo: yo me apasiono en la evocación, él hace memoria impasible, como si se tratase de hechos que no le tocan: no son hechos de su mundo, sino del mundo del camino nuevo que con fulgentes

go, crece en el fondo el susto, porque surge la certidumbre. Luego, ¡está realmente amenazada la capital! Los moradores podrían huir de ella a tiempo y salvarse; pero, inconscientemente, eso ya lo suponíamos; en cambio queda corroborado que Córdoba, la de la amable catedral barroca, podría verse invadida y sin duda destruída por un torrente caudaloso. ¿No es eso impresionante? Sicilia, Nápoles, Mendoza, pueden verse sepultadas en unos días o derruídas en unos segundos; pero por la fuerza indómita de Dios, Córdoba podría perecer por la aventura del hombre. No sé qué misterioso designio pudo hacer que una construcción humana ejecutada con esfuerzo de siglos, quedase de pronto amenazada de muerte por otra ingente obra del hombre tenaz. Y he aquí otro misterio: la ciudad argentina más religiosa se somete de golpe al arbitrio de un poder científico que precisamente perdonándola la humilla.

todo, el trayecto que yo he hecho sea realmente más corto que el que tendría que hacer él; por lo pronto, yo voy a barlovento; o creo que voy. Cuando, al cabo de su atenta inspección a lo lejos, me confirma la tenue presencia del dique, experimento una duda mezclada de aplomo: dudo de que aquel sutil trazo blanco sea la obra monumental, y al mismo tiempo me enorgullece advertir que el hombre puede integrar su múltiple panorama con obras tremendas. Una raya de tiza en el breve horizonte azul es para mí en este momento toda aquella poderosa fábrica de ingeniería que regula el servicio de agua de una gran ciudad y la amenaza mortalmente.

★

El otro año se fundó aquí, a orillas del lago, un club de natación: los pobladores de las montañas argentinas mediterráneas querían nadar, una de las delicias ciertas que poseemos.

do enfoca la cañada que lleva al dique, vira a estribor y vuelve a agrandarse. Corre, creo, una regata puesta con el balandro gemelo que se desarrolla antípoda bajo sus curvas adolescentes. Los dos tientan juntitos al diablo, pero no lo afrontan. El diablo está en el cañadón del dique: es la corriente sumersa que provoca el tiro de las esclusas. Como una garra de acero atraparía al barquito o al nadador que se aventurase a su alcance y los arrastraría hasta las bocas de los profundos conductos subterráneos.

★

Allí, cerca del muro de contención, concluye la docilidad del lago; allí se amontonan y apremian las avanzadas del caudal que quiere voltear el obstáculo resistente. Todo se muestra en la superficie lo mismo que en el resto de la dilatada cuenca: todo manso y azul; pero bajo la epidermis quieta bulle la corriente briosa. Hay que descender del convoy de trocha angosta que se interna en los cerros y recorrer a pie las bandas del dique: se siente retemblar bajo las plantas, en porfía con el agua pujante, el espeso murallón. Más bien parece que andamos por una avenida consolidada en la roca que por el can-

como si se partiese la sierra, precedería al derrumbe retumbante de las moles y de la cascada. Pocos instantes permanecerían confundidos en la cañada los enormes paños murales y los curvos flecos de cristal; bajo el estruendo y el rocío inmenso, el agua abalanzada se encresparía, se agazaparía, invadiría los resquicios, desbordaría los pozos y se organizaría pronto, espesa y elástica otra vez, para emprender tierras abajo la marcha afanosa de reptil antediluviano evadido. Nadie, en la pendiente, podría detener al monstruo en fuga. Se transmitirían avisos angustiosos; de cerro a cerro, de valle en valle, de poblado en poblado, por toda la serranía se difundiría rápidamente la nueva del siniestro, y en la Córdoba católica no tardaría en resonar con acento apocalíptico la voz espeluznante:

¡Se ha roto el Dique San Roque! Pero nadie tentaría remedio. Un ciudadano cachaciento —allí hay algunos— podría aun sentarse a la mesa y confortarse sin prisa; otros atinarían a juntar apremiados los objetos de valor que pudieran transportarse; todos, con el gemido en la boca, procurarían reunirse a los familiares o a los amigos; ninguno pensaría siquiera en contener la inundación, en resistir.

Ni armas, ni coraje, ni ciencia valdrían. No se vería el enemigo, tardaría aun en llegar; pero ya habría que huir. Una erupción volcánica podría detenerse, un terremoto podría cesar, un incendio podría extinguirse, un malón o el ataque de un ejército podrían fracasar por sí mismos, la propia peste podría disiparse en los ámbitos: sólo aquel jadeo pertinaz del agua liberada por los barrancos y los valles, rodando en bulliciosas cascadas y en abundantes ríos, extendiéndose como un poncho fenomenal por los yermos y los sembrados, por el páramo o por las poblaciones, cuerpeando o pechando, sería implacable hasta la meta. Habría que huir. El pánico de la muchedumbre sería fantástico, precisamente por la ofuscación del enemigo; sería el miedo de una amenaza cósmica, el terror de un mito adverso que de súbito se vuelve realidad. Sería el miedo de Dios oculto pero tonante. Habría que huir, sin prisa, pero sin vacilación. La vida, constreñida de repente, sólo ofrecería una posibilidad.



injurias y de odios instigadores: Paz y Bustos, uno con sus tropas regulares, otro con sus hordas, uno quizá por una civilización impaciente, otro por un sentir paisano regresivo, pelearon allí. Distiendo cuanto puedo las órbitas de los ojos, zambullo en el lago la mirada, para representarme en el lecho de las aguas quietas y limpias una enconada riña de caudillos. El paisano a quien converso vió aquello; no recuerda cuándo fué, acaso duda si fué en su vida actual o en una vida anterior; pero está seguro de que presenció la gresca y estaría por decir que anduvo tajeando o lanceando en el entrevero. Luego vino la población pacífica; luego, el lago, que al crecer iba abrazando las casitas y terminó por cubrir el campanario de la iglesia serrana.

★

Aunque el nombre es poco original, estoy pronunciándolo mentalmente desde hace rato: el Lago Azul. No me ocurre otro. Habitante de la ciudad gris, llego a la sierra despejada y veo todo inundado de cielo: hay cielo en el agua, hay cielo en la tierra, hay cielo en el aire, hay cielo en el cielo; se ve todo azul, se respira azul. Y en ese azul unánime, el lago es azul todavía. Quisiera que fuese pecado para compartirlo. Es el lago del Dique San Roque, en Córdoba argentina, al socaire de cerros moderados, entre prolijas huertas y alegres palacetes que al avanzar el tiempo se hacen nuevos. Le llamo instintivamente, aunque vulgarmente, el Lago Azul. Ante él tengo un atisbo del paraíso terrenal: es un rincón beatífico. Y sin embargo, este lago benigno sepultó un caserío paisano con su iglesita cantora, y en su lecho arenoso, entre peñas y talas, se trenzaron a hachazos dos bandos criollos. A cada momento van a romper el cristal, desde adentro, bayonetas ensangrentadas, explosiones escandalosas. Parece mentira que tanta bulla de un día se haya convertido en esta mansedumbre.

★

Tardo en darme cuenta de que mi paisano está a caballo. Lo veía, pero recién me doy cuenta después de fijar la atención en el petiso escuálido, de cabeza abatida, y luego de advertir que las alpargatas del jinete sólo rozan el suelo, sin posarse en él. Las piernas se le columpian al anciano entre los

autos al hombro se desliza ligero bajos los cascos averiados de su rocín. El lago inmenso lo forma un dique, y el dique, enorme, lo construyó en la abertura de dos cerros un ingeniero francés que luego fué encarcelado porque se aseguró que el muro cedería y las aguas precipitadas arrasarían la ciudad. Esta es la obra del Lago Azul, este es el drama.

★

Muchos tendrán presente en la Argentina el pánico cordobés del Dique San Roque, sostenido durante años. A la par que se mencionaba con orgullo una considerable obra nacional de ingeniería, se pensaba pavorosamente en la posibilidad de una abultada catástrofe. Hoy es en Córdoba una preocupación incorporada al ordinario sentir, como la de los terremotos en el espíritu de los mendocinos: se experimenta, pero sin poder de impulsión, parecida al paludismo consuetudinario. Median algunas leguas de montaña en descenso desde el dique hasta la ascada ciudad, y resulta a un pronto absurdo que a tal distancia puede ofrecer peligro el lago celeste: en Buenos Aires, al oír hablar de la amenaza del Dique San Roque, veíamos al lago lindero con la urbe, semejante, poco más o menos, al habitual gasómetro urbano; pero cuando el cordobés sereno explica que, según cálculos técnicos, la precipitación del torrente dejaría tiempo bastante para desalojar la ciudad, disminuyendo aparentemente el ries-

Me hallo en la ribera opuesta a la del dique. De mi lado la orilla es ancha y playa, del otro se angosta en un cañadón: sería la gigantesca boca por donde el lago se volcase hasta anegar la capital distanciada. En aquella boca se yergue el parapeto ciclópeo que contiene el caudal. Desde mi ubicación parece apenas una cinta blanca sobre la angostura del lago. "Allí está el dique" informa, al pasar, el guía de la excursión serrana. Mi anciano interlocutor necesita adelantar el busto, entornar los párpados y mirar unos instantes para confirmar el dato: "si ayí ejtá". Lo tiene más presente en la imaginación que en los ojos; no es suyo; su mundo ha venido quedando del lado de acá, corrido de la Sierra Chica, repelido en dirección de los Andes, forzado, aunque a duras penas, a rehacer en parte la ruta de expansión pampeana de los Incas. Le interrogo sobre Córdoba y me responde que no ha estado nunca en la ciudad. Yo que tengo unos pocos años — menos que los de mi existencia individual — vengo desde millares de kilómetros de lejanía; pero este enjuto paisano cordobés que vive hace siglos no se ha acercado jamás a la urbe erigida en el declive de su sierra. Córdoba es cosa del lado de allá, como el dique. Tal vez, después de

¡Quién se vengaría de esta ambición deliciosa de los cordobeses, que el presidente del club se ahogó? Me causa desazón saber que aguas tan mansas puedan ser traidoras: ¿tendrán un poso de sangre?, ¿habrá quedado algún alma en pena en las casuchas anegadas? Ahora se tramita la fundación de un club náutico: sobra cancha para remar y para navegar a vela, en la superficie del Lago Azul; las regatas primaverales de ochos largos, pares corredizos, singles y canoas, con la muchachada atlética, serían en él una fiesta admirable. Un adelanto de ella quiere ofrecerme ese balandro rojo de blanca arboladura que mariposea por el estanque como el juguete infantil en el pilón casero. Lo veo resbalar desaprensivo y temo que su frágil quilla se ensarte de pronto en la veleta de un campanario o roce el filo mellado de un machete que amaga a una cabeza. Pero la menuda embarcación parece ajena a mi inquietud, porque continúa su ágil desliz hasta perderse a la distancia entre las pavesas del sol, y sólo cuan-

to de una pared: tan ancho y compacto es el parapeto cuya plomada produce vértigo al asomarse uno del lado opuesto a las aguas; y sin embargo, se nota el estremecimiento del embate. Nada iguala a la fuerza del agua, dicen. Me explico que los cordobeses contemporáneos de la ejecución temiesen por la resistencia del muro. Miles de millones de litros se acumulan en el lago; miles de millones de litros empujan la valla audaz que los contiene. ¿Quién vencerá, al fin? El símil de las Termópilas acude espontáneo. Y si Leonidas tuvo que ceder, por último, al flujo de la marea humana en el desfiladero, bien podría rendirse finalmente en el cañadón la hercúlea mampara puesta bajo la advocación de San Roque.

★

Imagino, primero, el agrietamiento del dique, con la filtración inquietante, luego la rotura franca, con la evasión de sonoros chorros, al cabo el desmoronamiento estrepitoso. Un estallido seco como si se quebrase sobre la rodilla un recio cartón,

POR

JOSE GABRIEL

ILUSTRACION DE RECHAIN

Habría que huir, pero ¿quién huiría del todo? Si en el mundo no poseyésemos más que nuestro propio cuerpo, dispondríamos de menos recursos, mas también tendríamos menos estorbos. El revolucionario —en cualquier actividad— es justamente aquel que sistematizando su desprendimiento llega a desprenderse de sí mismo: le queda su idea sin traba. Los demás cultivamos nuestro cuerpo, entablamos vínculos y acopiamos bienes; tenemos un pariente aquí, un amigo allá, un jardín en un cacho de tierra, una alcoba en una casa, un panorama en una calle, una ambición en una ciudad: no podemos irnos totalmente cuando nos vamos de algún lado; lo menos que nos quedará será un afecto, un recuerdo o una esperanza. ¡Ataderos de la vida! Son los que dejaría en su ciudad amenazada la caravana fugitiva del torrente. De modo que el que más huyera, siempre perdería algo en la inundación. No habría fuga absoluta: rotas las murallas del copioso lago, toda la ciudad, aunque los moradores tuviesen tiempo de evacuarla, podría darse por herida.

★

El criollo que me escucha (tolerada en el coloquio la imaginación, ya hablo yo más que él)

se llama Filemón. ¿Qué sería, don Filemón —le digo— Córdoba sin bicho viviente después de trescientos años. La idea le interesa poco o es demasiado abstracta para su mente. "Así ej", me responde, gesticulando apenas, como si por un lado quisiera confirmar su suposición de que la ciudad quedaría desierta y por otro no desease opinar sobre el hecho. Su aparente indiferencia cortés me sugiere la sospecha, sin duda suspicaz, de que por dentro anhela la desolación presunta y de que acaso, viéndose a sí mismo en el trance, pero pensándolo más bien para otros, para congéneres más jóvenes, hasta premedita un malón a la ciudad famosa. Sería dramático que tras la invasión desoladora de las aguas, como tras el cañoneo de la infantería de guerra, irrumpiese en la capital abandonada la paisanada criolla, que bastantes cuentas tendría que ajustarle. A lo mejor, los intrusos, en vez del registro y el saqueo de ritual, se congregaban indecisos en la plaza mayor, frente al templo de suaves cúpulas y pátina herrumbrosa, y se humillaban a orar por los amos corridos. ¡Si el criollo parece haber perdido toda aptitud de rebeldía!

★

Pero, ¿qué espectáculo más dramático que la ciudad sola? A la descomunal bulla del éxodo, sucedería en la urbe universitaria un silencio desértico. Por un flanco se apagaría de a poco el numeroso rumor de la horda fugitiva con su impedimenta: hombres, mujeres, niños, animales, vehículos, enseres domésticos andando y crujiendo en dirección a la llanura; por otro, sincrónicamente, iría creciendo el grandioso murmullo de la inundación; y las vigilantes torres de la Matriz, de San Francisco, de Santo Domingo —vigilantes desde hace cientos de años— o las azoteas de los edificios modernos, mirarían de reojo a la sierra, contendrían su oscilación para oír mejor y harían pata ancha en su lote para resistir la topada. Como a todo ser antes de la pelea, a la ciudad le entraría chucho al sentir el agua acercarse; como todo ser al experimentar el choque, la ciudad se enojaría al irrumpir tumultuoso en sus calles el lago viajero y sufrir sus primeros codazos. Metódicamente —tal un monstruo ciego y seguro de sí— el torrente pavoroso iría distribuyéndose por las calles limpias, luego ascendería, se introduciría por las brechas, franquearía las aberturas, cegaría los sótanos, se asomaría a los balcones, plantaría su bota agreste en las calles paquetas,

se encontraría consigo mismo a doblar una esquina, al asalta una casa, forzaría batientes, pecharía muros, estremecería al mazones, haría los primeros derribos ruidosos. Algunos templos, algún palacio, una casa que otra resistirían victoriosa el atropello; otras se doblegarían; todas, antes de rendirse tratarían de defender contra el invasor osado el trozo de su vida que cada fugitivo había dejado en ellas. Hasta que el agua abundante como los indios, como ellos desinteresada del bien raíz se cansase de destrozo y volcándose en el amplio lecho del río del arrabal bajo, se encauzase también como el indio, por el Sauce Grande de las sierras bonaerenses después del malón para diluirse en la abertura infinita de la pampa. Poco quedaría luego de su paso.

★

Al constructor del dique lo pusieron preso, me dice don Filemón. ¡Y no! Creo advertir que esto me lo ha dicho algo menos ausente el paisano: tal vez le halaga subrayar el sarcasmo de un hecho que no le compromete como si dijera: ¡vea qué locos! Lo metieron en la cárcel al ingeniero. ¡Y no! Su obra era de índole racional, pero de proporciones mágicas, y él adquiría por ende todas las apariencias de un brujo. ¿Quién podía corroborar la solidez de su obra? Ni él mismo; él menos que nadie, tal vez. Proporción y naturaleza no se identifican; pero llega un momento en que la proporción adquiere tal grado, que se convierte en un problema de naturaleza. Es el momento en que la ciencia, cosa explicable, se vuelve enigma. El grandioso dique científico se hizo enigmático y su autor sólo pudo ser Dios. El ingeniero persistió en ser hombre y autor del misterio: tuvo que ser brujo o mago. Lo pusieron preso. ¡Y no! Veinte siglos atrás, por alegar una paternidad deífica y hacer milagros siendo hombre la gente crucificó en Palestina a un taumaturgo hebreo que, sin embargo, dejó sobre la tierra el mayor dique moral.

★

Don Filemón tiene que seguir para la sierra; yo desciendo al poblado. Azuza el paisano su pingo y yo los miro tranquear cuesta arriba. Al arrancar me parece que chirriaba el mancarrón. ¡O el paisano! El paisano aun tendrá fuerzas para cargar con mis fantasías. Siempre serán lo más inocente que pueda inferir la audacia civil entre sus cerros, el Lago Azul



Los Muertos



EL muro de la iglesia muestra a los días fríos
Sus coyunturas blancas
Roídas de herpes y de líquenes.

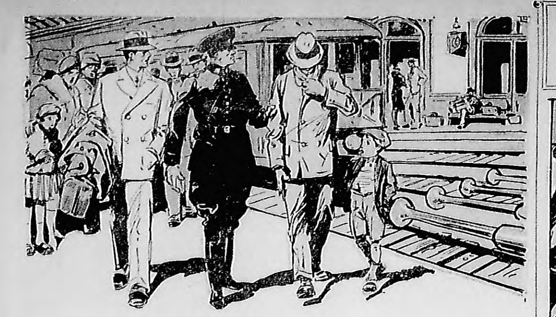
Un batalón de hormigas distrae el abandono.

Volteadas sombras tumulares despiertan la memoria
(de la tierra
Llanto de llanto — muerte de muerte
Blancas generaciones sin sexo ni edad
Que el viento—obscuro visitante del mar—invita y
Con un silbido.

Entonces un bostezo de tuberosas abraza el aire
Las zarpas agárranse a las ropas como las uñas de los
(ahogad
Mientras ellos claman y aúllan
Hambrientos de recuerdo en su noche de tierra
Los pobres niños abandonados y las mujeres que ya no
(tienen nombr

A mediodía
Las grandes cruces de madera negra tiemblan y crecen
(y se bambolea
Entre las hierbas locas
Mientras el aire es tibio y roncan los moscardones
(pálidos y negr
Sobre juncos tardíos que se doblan bajo su peso
Un cielo azul de nubes indolentes conversa de amor en
(aquel abandon
Y oyen los muertos sus risas enamoradas y sus pasos
(vacilante

Por EDUARDO KELLER



Cien Nacionales

Si mal no recuerdo, la cosa era entre Temperley y Constitución.

Estaba algo nervioso e impaciente, como siempre que llegó en tren al destino. Ya con todo listo, hacía equilibrio en el pasillo del vagón dormitorio. De repente, un señor de cierta edad, se acercó y me dió un empujón en forma violenta. Mi boquilla cayó al suelo y me incliné instintivamente para recogerla, cuando sentí como una leve presión sobre el pecho. Entre tanto el señor de cierta edad se alejó murmurando excusas.

Al enderezarme, palpé el bolsillo donde guardo mi cartera y no quedé muy sorprendido al constatar su ausencia. El asunto era clarísimo: el señor de cierta edad me había atropellado con el solo objeto de arrebatarme la cartera. En seguida corrí atrás de él.

Tuve suerte: en aquel momento se paró el tren, habíamos llegado a Constitución. Vi en el andén a mi hombre que se abría nerviosamente paso entre la multitud. De atrás le tomé por el cuello, gritándole: "Mi cartera. ¡Devuélvame mi cartera!

Furiosamente se volvió exclamando:

—¿Está usted loco? ¿De qué cartera me habla?

—De la mía, la que me robó en el tren. A ver, entréguela.

Mientras tanto se había aglomerado mucha gente. Los curiosos esperaban el desarrollo de los acontecimientos; Algunos reían irónicamente, los más estaban muy serios como si ellos estuviesen complicados en el lío. Del fondo del andén surgió la silueta de un agente.

Los ojos del punguista corrían con intranquilidad de un lado a otro; yo no soltaba su cuello por nada.

—Déjeme usted en paz — rugió él, y de un tirón violento se libró de mí. En este momento cayó algo sobre el andén y el ladrón notó con terror que era la cartera robada: mi cartera. Rápidamente la levanté y la guardé en el bolsillo. Pensé que el asunto para mi había terminado.

—¡Váyase al diablo! —dije al ladrón.

Con mucho gusto el tipo hubiera seguido mi indicación a no haber surgido otro inconveniente: el agente cayó sobre el ladrón y sin preámbulos y en forma nada delicada lo condujo a la oficina del jefe, mientras me gritaba:

—Venga Vd. también.

Con poca gana seguí al vigilante. Ya no me gustaba nada el asunto y hubiera preferido hacer mutis. Pero no hubo caso, pues el agente no nos perdía de vista, ni a mí, ni al ladrón. En la oficina se levantó algo así como un acta. Esto me era muy desagradable, especialmente porque el aspecto del ladrón inspiraba conmiseración. Estaba pálido, aniquilado, tartamudeaba, sudaba su frente. En su mirada hubo tal reproche y dolor que me sobresalté. Sentí sinceramente que esta pequeña tragedia se hubiese desarrollado en forma tan brutal y pública. Pero ya no había remedio. Nadie podía salvar al ladrón de pasar algunas semanas, meses quizás, entre rejas.

Desde ese día recibí del Palacio de Justicia infinidad de comunicaciones, citaciones, etc. Pero todavía ocurrió otra cosa. Un día recibí la visita de una mujer con los ojor rojos de llanto. Era joven y bonita, aunque en su cara ya había huellas de privaciones y dolor.

—Soy la señora de García — dijo la mujer como única introducción.

Yo no tenía ni la más remota idea de esa señora.

—¿No se acuerda usted? — preguntó ella con tristeza —. Mi marido, García, de la estación Constitución... — e hizo con la mano cierto movimiento inconfundible.

Ya sabía ahora quién era la señora de García. La esposa de mi ladrón. La miré entre sorprendido y desconfiado. ¿Qué quería ella de mí?

El asunto era sencillo: quería dinero. Apelaba a mi bondad, a mis sentimientos humanitarios; me contó que yo tenía la culpa de todo; el marido preso, el hogar deshecho, los chicos con hambre y ella tenía cuatro...

Siempre fuí algo sensible, pero aquello me partió el corazón. Sería para mí un verdadero alivio poder ayudar — si no al ladrón — a lo menos a su familia. Le di ciento veinticinco pesos, les que había ganado la noche anterior al póker. Se derretía de gratitud y se fué feliz. Más feliz era yo por haber realizado una buena acción.

Una semana después recibía una noticia muy desagradable. La secretaría del juzgado me comunicaba que García se había ahorcado en la prisión. Le habían condenado a medio año, lo cual abatió de tal modo el ánimo del viejo que resolvió irse. Me horrorizó el cuadro: el pataleo, la lengua negra, los ojos fuera de las órbitas, etc., y tuve la impresión de que yo era el causante de todo esto. Hubiera sido preferible no haber reclamado nunca mi dinero, esto mismo me lo había repetido ya muchas veces desde aquel día y ahora con mayor vehemencia. Unos cuantos pesos por la vida de un hombre. Todo el día estuve de pésimo humor y por la noche no pude cerrar los ojos. Por todas partes veía la mirada triste y acusadora del viejo García, aquella mirada que me dirigió en la oficina.

A la mañana siguiente recibí la visita de una señora vestida de negro y acompañada de cuatro tristes y pobres criaturas: la señora de García. Ya sabía yo que ella vendría, más aún, la esperaba; pero al encontrarme frente a ella me sentí horriblemente incómodo.

—¿Qué será ahora de mí? — preguntó ella con voz velada.

Eso era todo. No me hacía reproches, no pedía nada, preguntaba únicamente cuál sería su porvenir. No encontré palabras en el primer momento, miraba ora a la mujer, ora a las criaturas que parecían no entender nada. Sí, esta viuda y los cuatro huérfanos eran mi obra: yo les había robado su sostén y era lógico que me preguntaran qué sería de ellos.

No soy muy rico, pero el sufrimiento de los débiles me impresiona siempre. No tuve la menor duda de que mi deber me imponía proteger en alguna forma a esa señora y sus hijos. Hubo que tranquilizar mi conciencia, costara lo que costara.

—Mire usted, — dije a la señora — aquí tiene quinientos pesos.

Esta suma era justamente cinco veces mayor que la que me robara García. Si lo hubiera dejado escapar, me hubiera ahorrado seiscientos veinticinco pesos y García aún estaría con vida.

La mujer me quería besar las manos a toda costa y los chicos hasta lo consiguieron.

—Está bien, está bien, — balbuceaba yo, mientras los acompañaba hasta la puerta. En el umbral la mujer se detuvo.

—¿Hay algo más? — inquirí con aflicción.

—No — contestó ella con voz suave —. Solamente tengo el aviso de desalojo de mi casita, porque no pude pagar el alquiler y mis muebles están embargados.

Por un momento cruzo por mi mente la duda: ya había dado a la señora quinientos pesos, pero en seguida deseché este pensamiento egoísta. Nada significaba unos cuantos pesos más o menos, ratándose de la tranquilidad de mi conciencia.

—Aquí tiene cien pesos más — le dije a la señora.

Me miró con sus hermosos ojos sin decir nada y antes de que pudiera evitarlo, me besó la mano. Se alejó con sus cuatro chicos.

Suspiré aliviado. Por fin este odioso asunto estaba definitivamente terminado para mí.

A los cinco días la señora volvió. Esta vez la recibí un poco más frío y extrañado, pero me tranquilizó diciendo que no volvía por dinero. ¿Qué había pensado yo de ella? ¿Quería extorsionarme? ¿Ella extorsionar? ¿Ella, que provenía de una familia distinguida, que había recibido una esmerada educación, hablaba inglés y francés; ella capaz de tal villanía?

Había venido solamente por un consejo y a quién más podía dirigirse siendo tan sola. No tenía a nadie más que a mí en el mundo.

—¿De qué se trata entonces? — pregunté, ya algo más amable.

—No sé manejar dinero. Soy una criatura mimada y torpe. Antes de la muerte de mi esposo vivía como una reina. El pobre se apartó del buen camino para que nosotros, mis hijos y yo, pudiésemos llevar una vida holgada. En pocas palabras, deseo que usted tome de vuelta el dinero que me dió, me alquile un modesto departamento y me compre algunos muebles baratos y si queda todavía un excedente, lo divida de modo que yo reciba cada mes algunos pesos.

Apenas hubo terminado, me entregó el dinero: cuatrocientos en lugar de seiscientos. Pero este era un detalle sin importancia. La señora se había dirigido a mí con piena confianza, no era pues justo dejarla defraudada. Me sentí magnánimo.

—Bien, dije, se hará como usted lo desea.

Le conseguí un departamento de tres piezas, con ventanas a la calle, con luz y sol, cerca de un parque a donde pudieran jugar los niños, por doscientos pesos. Pagué un año adelantado porque el propietario, presidente de la Sociedad Protectora de Menores no admitía criaturas, ni gatos, ni perros, ni tenores acontraltados, ni bajos atenorados, pero, ante todo, nada de niños. Sin embargo, al ver los dos mil cuatrocientos pesos cambió en parte su opinión. A la señora le pareció excesivo el alquiler, pero la tranquilicé. Después compré muebles por dos mil quinientos pesos. También le pareció elevada esta suma, pero vencí finalmente sus escrúpulos. Le compré una radio y alquilé un piano para que los chicos practicaran. Por fin le comuniqué que mientras no encontrara otra solución, le pasaría mensualmente doscientos cincuenta pesos. A esta altura de nuestra entrevista eché una furtiva mirada al espejo y me pareció ver una aureola alrededor de mi cabeza.

Entonces la señora ya no pudo dominarse más y se arrojó a mi pecho, llorando lágrimas de gratitud y de contento. Acaricié su hermosa cabeza diciendo: Bueno; bueno. Pero para mis adentros reflexioné: Ciento veinticinco — bueno, no contemos eso porque eran del póker, — pero quinientos y cien y dos mil cuatrocientos y dos mil quinientos, justamente cincuenta y cinco veces más de lo que me birló el pobre García. Sin hablar de los doscientos cincuenta que debería pagar mensualmente. ¿No hubiera sido más razonable....?

¿Es necesario seguir con el cuento?

En poco tiempo la familia me costó tanto que para normalizar mis finanzas me vi obligado a casarme con la señora.

POR

GUILLERMO MEISSNER

ILUSTRACIÓN DE PEDRO DE ROJAS

Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim













































